

ITÁLICA REVISITADA

JOSÉ BELTRÁN FORTES
(coord.)

ITÁLICA REVISITADA

Una mirada retrospectiva desde la
historiografía, la arqueología y la epigrafía

AUTORES:

FERNANDO AMORES CARREDANO
JOSÉ BELTRÁN FORTES
ROCÍO IZQUIERDO DE MONTES
ÁLVARO JIMÉNEZ SANCHO
PILAR LEÓN-CASTRO ALONSO
JOSÉ RAMÓN LÓPEZ RODRÍGUEZ
MARÍA LUISA LOZA AZUAGA
JOSÉ MANUEL RODRÍGUEZ HIDALGO
JESÚS DE LA ASCENSIÓN SALAS ÁLVAREZ



Sevilla 2021

Colección: Ediciones especiales
Núm.: 55

Comité editorial:

Araceli López Serena
(Directora de la Editorial Universidad de Sevilla)
Elena Leal Abad
(Subdirectora)
Concepción Barrero Rodríguez
Rafael Fernández Chacón
María Gracia García Martín
María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Manuel Padilla Cruz
Marta Palenque Sánchez
María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda
José-Leonardo Ruiz Sánchez
Antonio Tejedor Cabrera

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.



Financiado por: FEDER / Ministerio de Ciencia e Innovación - Agencia Estatal de Investigación (AEI) / Proyecto *Colonia Aelia Augusta Italica* (CAAI). Arqueología del sector NE de la *Vetus Urbs* de Itálica en el marco del proceso de romanización en el Guadalquivir inferior (HAR2017-89004-P).

Motivo de cubierta: Grabado del sector NE de la *Vetus Urbs* de Itálica, de E. Kirkal (s. XVIII). Colección J. M. Rodríguez Hidalgo / Fotografía de las excavaciones de José María Luzón del teatro de Itálica en la década de 1970. Conjunto Arqueológico de Itálica.

© Editorial Universidad de Sevilla 2021
c/ Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443
Correo electrónico: eus4@us.es
Web: <https://www.editorial.us.es>

© José Beltrán Fortes (coord.) 2021

© De los textos, los autores 2021

Impreso en España-Printed in Spain
Impreso en papel ecológico

ISBN: 978-84-472-2253-7
Depósito Legal: SE 2406-2021

Maquetación y diseño de cubierta: ed-Libros. Fernando Fernández
Impresión: Podiprint

ÍNDICE

<i>Presentación</i>	
José Beltrán Fortes	11

I. HISTORIOGRAFÍA

<i>Las Ruinas de Itálica. Una estampa arqueológica de prestigio</i>	
Pilar León	21
<i>Arqueología y configuración del patrimonio andaluz. Una perspectiva historiográfica</i>	
José Beltrán Fortes	49
<i>El monasterio de San Isidoro del Campo y las ruinas de Itálica</i>	
José Manuel Rodríguez Hidalgo	81
<i>La colección arqueológica de Itálica. Apuntes sobre su ampliación e institucionalización durante el siglo XIX</i>	
José Manuel Rodríguez Hidalgo	99
<i>Itálica, hito arqueológico de la Bética</i>	
Pilar León	133
<i>Itálica 1912-2012. La conmemoración de un centenario</i>	
Fernando Amores Carredano	149
<i>De monumento nacional a bien de interés cultural: la protección legal</i>	
Rocío Izquierdo de Montes	169
<i>Perfil biográfico de Demetrio de los Ríos y su intervención en Itálica</i>	
José Manuel Rodríguez Hidalgo	181
<i>El libro manuscrito e inacabado de Demetrio de los Ríos sobre Itálica</i>	
José Beltrán Fortes	201
<i>Itálica. Cien años, cien piezas. Introducción</i>	
José Ramón López Rodríguez y José Beltrán Fortes	219
<i>Arqueología de la Sevilla ilustrada. La figura de Francisco de Bruna</i>	
José Beltrán Fortes y Jesús Salas Álvarez	231
<i>La exposición Itálica en el Museo Arqueológico de Sevilla</i>	
Fernando Amores Carredano	263

II. ARQUEOLOGÍA Y EPIGRAFÍA

<i>Dea Caelestis en Itálica. Peculiaridades de un culto norteafricano en una ciudad de la Baetica</i> José Beltrán Fortes y José Manuel Rodríguez Hidalgo.....	293
<i>Sobre el descubrimiento y primera lectura de CIL II 1151: correspondencia entre Ivo de la Cortina y Antonio Delgado a propósito de los trabajos en Itálica en 1839</i> José Beltrán Fortes	303
<i>La nueva diosa de Itálica</i> José Beltrán Fortes	319
<i>El foro de Itálica</i> José Beltrán Fortes	325
<i>Las esculturas de Itálica</i> José Beltrán Fortes	335
<i>Mármoles en la Bética durante el reinado de Adriano. El protagonismo de Itálica</i> José Beltrán Fortes	357
<i>Itálica, cien años, cien piezas. Fichas</i> Álvaro Jiménez Sancho.....	381
<i>Itálica, cien años, cien piezas. Fichas</i> Fernando Amores Carredano.....	403
<i>Itálica, cien años, cien piezas. Fichas</i> María Luisa Loza Azuaga	407
<i>Itálica, la Colina de los Dioses. De Augusto a Adriano</i> José Manuel Rodríguez Hidalgo y Álvaro Jiménez Sancho	411
<i>Isis en Itálica (Santiponce, Sevilla). A propósito de un retrato de sacerdotisa isíaca</i> José Beltrán Fortes	431

Procedencia de los estudios seleccionados

- León, P. (1993): “Las Ruinas de Itálica. Una estampa arqueológica de prestigio”, en J. Beltrán y F. Gascó (eds.), *La antigüedad como argumento. Historiografía de la Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*, Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 29-62.
- Beltrán Fortes, J. (1995): “Arqueología y configuración del patrimonio andaluz: Una perspectiva historiográfica”, en F. Gascó y J. Beltrán (eds.), *La antigüedad como argumento. II. Historiografía de la Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*, Sevilla, Scriptorium, pp. 13-56.
- Rodríguez Hidalgo, J. M. (2004): “El monasterio de San Isidoro del Campo y las ruinas de Itálica”, en Fr. Fernando de Zavallos, *La Itálica*, Sevilla, Almuzara (facsimilar de la edición de Sevilla, 1886), pp. IX-XXXVI.
- Rodríguez Hidalgo, J. M. (2007): “La colección arqueológica de Itálica: Apuntes sobre su ampliación e institucionalización durante el siglo XIX”, en J. Beltrán, B. Cacciotti y B. Palma (eds.), *Arqueología, coleccionismo y antigüedad: España e Italia en el siglo XIX*, Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 545-580.
- León, P. (2012): “Itálica, hito arqueológico de la Bética romana”, en F. Amores y J. Beltrán (eds.), *Itálica 1912-2012. Centenario de la Declaración como Monumento Nacional*, Granada, Fundación Itálica de Estudios Clásicos, pp. 11-22.
- Amores Carredano, F. (2012): “Itálica 1912-2012. Una perspectiva centenaria”, en F. Amores y J. Beltrán (eds.), *Itálica 1912-2012. Centenario de la Declaración como Monumento Nacional*, Granada, Fundación Itálica de Estudios Clásicos, pp. 23-38.
- Izquierdo de Montes, R. (2012): “La protección legal de Itálica. De monumento nacional a bien de interés cultural”, en F. Amores y J. Beltrán (eds.), *Itálica 1912-2012. Centenario de la Declaración como Monumento Nacional*, Granada, Fundación Itálica de Estudios Clásicos, pp. 39-50.
- Rodríguez Hidalgo, J. M. (2012): “Perfil biográfico de Demetrio de los Ríos y su intervención en Itálica”, en F. Amores y J. Beltrán (eds.), *Itálica 1912-2012. Centenario de la Declaración como Monumento Nacional*, Granada, Fundación Itálica de Estudios Clásicos, pp. 75-92.
- Beltrán Fortes, J. (2012): “El libro manuscrito e inacabado de Demetrio de los Ríos sobre Itálica”, en F. Amores y J. Beltrán (eds.), *Itálica 1912-2012. Centenario de la Declaración como Monumento Nacional*, Granada, Fundación Itálica de Estudios Clásicos, pp. 93-105.
- López Rodríguez, J. R. y Beltrán Fortes, J. (2014): “Introducción”, en J. R. López y J. Beltrán (eds.), *Itálica, cien años, cien piezas*, Sevilla, Junta de Andalucía-Diputación de Sevilla, pp. 14-22.
- Beltrán Fortes, J. y Salas Álvarez, J. (2018): “Arqueología de la Sevilla ilustrada. La figura de Francisco de Bruna”, en J. Beltrán y L. Méndez, (coords.), *Sevilla en el Siglo de la Ilustración. Cultura, arte y ciencia en la ciudad del XVIII*, Sevilla, EUS, pp. 99-139.
- Amores Carredano, F. (1995 y 2021): “La exposición Itálica en el Museo Arqueológico de Sevilla”, en *Itálica en el Museo Arqueológico de Sevilla*, Sevilla, Junta de Andalucía, pp. 57-77; y “Comentario tras más de dos décadas: 1995-2021” (inédito).
- Beltrán Fortes, J. y Rodríguez Hidalgo, J. M. (2006): “*Dea Caelestis* en Itálica. Peculiaridades de un culto norteafricano en una ciudad de la *Baetica*”, *L’Africa Romana XVI*, Roma, Università di Sassari, pp. 117-128.
- Beltrán Fortes, J. (2009): “Sobre el descubrimiento y primera lectura de CIL II 1151: correspondencia entre Ivo de la Cortina y Antonio Delgado a propósito de los trabajos en Itálica en 1839”, en *Estudios de Prehistoria y Arqueología en homenaje a Pilar Acosta Martínez*, Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 505-520.

- Beltrán Fortes, J. (2009): “La nueva diosa de Itálica”, en J. M. Rodríguez Hidalgo y F. Amores (eds.), *Itálica. Colina de Dioses*, Sevilla, Junta de Andalucía, pp. 40-47.
- Beltrán Fortes, J. (2012): “El foro de Itálica”, en F. Amores y J. Beltrán (eds.), *Itálica 1912-2012. Centenario de la Declaración como Monumento Nacional*, Granada, Fundación Itálica de Estudios Clásicos, pp. 123-129.
- Beltrán Fortes, J. (2012): “Las esculturas de Itálica”, en F. Amores y J. Beltrán (eds.), *Itálica 1912-2012. Centenario de la Declaración como Monumento Nacional*, Granada, Fundación Itálica de Estudios Clásicos, pp. 237-259.
- Beltrán Fortes, J. (2013): “Mármoles en la Bética durante el reinado de Adriano. El protagonismo de Itálica”, en R. Hidalgo y P. León (eds.), *Roma, Tibur, Baetica. Investigaciones adrianeas*, Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 225-250.
- Jiménez Sancho, Á. (2014): “Terracota con cabeza de toro”, “Capitel figurado”, “Inscripción monumental de la *orchestra* del Teatro”, “Pedestal para estatua ecuestre”, “Basa neoática”, “Pedestales dobles de Marco Lucrecio”, “*Graffiti* de caballos”, “Viejo de la verruga”, “Mano con rayo”, “*Tegula* de la Legión VII *Gemina*”, “Clave de arco triunfal”, “Estatuilla broncea de genio”, “Terracota de gladiador”, “Lucerna erótica”, “Colgante fálico”, “Altar sepulcral de un italicense”, “*Cupa* con inscripción”, y “Fragmento de sarcófago cristiano”, en J. R. López y J. Beltrán (eds.), *Itálica, cien años, cien piezas*, Sevilla, Junta de Andalucía-Diputación de Sevilla, pp. 28-29, 34-35, 44-45, 48-49, 50-51, 60-61, 62-63, 68-69, 114-115, 138-139, 140-142, 174-175, 176-177, 180-181, 184-185, 188-189.
- Amores Carredano, F. (2014): “Pavimento de Marco Trahio” y “Olla de cerámica tardoantigua”, en J. R. López y J. Beltrán (eds.), *Itálica, cien años, cien piezas*, Sevilla, Junta de Andalucía-Diputación de Sevilla, pp. 32-33, 206-207.
- Loza Azuaga, M. L. (2014): “Ninfa dormida del Teatro” y “Divinidad fluvial”, en J. R. López y J. Beltrán (eds.), *Itálica, cien años, cien piezas*, Sevilla, Junta de Andalucía-Diputación de Sevilla, pp. 58-59, 136-137.
- Rodríguez Hidalgo, J. M. y Jiménez Sancho, Á. (2015): “Itálica, la Colina de los Dioses. De Augusto a Adriano”, en J. García, I. Mañas y F. Salcedo (eds.), *Navigare necesse est. Estudios en homenaje a José María Luzón Nogué*, Madrid, Universidad Complutense, pp. 231-242.
- Beltrán Fortes, J. (2015): “Isis en Itálica (Santiponce, Sevilla). A propósito de un retrato de sacerdotisa isíaca”, en J. García, I. Mañas y F. Salcedo (eds.), *Navigare necesse est. Estudios en homenaje a José María Luzón Nogué*, Madrid, Universidad Complutense, pp. 434-445.

Presentación

José Beltrán Fortes

Itálica es uno de los yacimientos arqueológicos de época antigua más importantes de la península ibérica, por su historia, por sus restos, por la historiografía que ha generado a lo largo de los siglos. Así, afirmaba un reputado colega que Itálica había sido un “laboratorio privilegiado” de la Arqueología en nuestro país. Ello es cierto, y sigue siéndolo. En muchos ámbitos de nuestra disciplina las actuaciones desarrolladas en el yacimiento han significado hitos en ese proceso, que arranca desde hace siglos, antes de que la arqueología se constituyera como materia científica.

En el otoño de la Edad Media –parafraseando el título de la trascendental obra de Johan Huizinga– las llamadas luego como “Ruinas de Itálica” fueron consideradas como “Sevilla la Vieja”, es decir, los orígenes de la posterior ciudad imperial, cabecera de los territorios hispanos desde los que se llevó a cabo el descubrimiento del Nuevo Mundo, lo que caracteriza la Edad Moderna en España. Se trataba de la “nueva” España, unificada por los Reyes Católicos y lanzada a un nivel internacional con Carlos I, que ocupará el solio imperial austrohúngaro algunos años después. Aquellos años de apertura a Europa significaron la entrada de las nuevas tendencias que el Renacimiento iba imponiendo en Europa, desde la cuna itálica, con el interés por la antigüedad romana y las antigüedades que la representaban. Viajeros extranjeros, de la misma Italia, de los Países Bajos, de los principados germánicos, etc., recorrieron los territorios de España aplicando aquellos nuevos intereses, a la vez que los españoles en sus contactos con otros países europeos, especialmente en la península itálica, en Roma o el reino de las Dos Sicilias, entre otros, asimismo adquirirían aquellos hábitos.

Los monumentales restos arqueológicos italicenses son mirados entonces desde nuevas perspectivas, identificándose ya correctamente como la ciudad romana de Itálica, aunque siguen denominándose por un tiempo más como “Sevilla la Vieja”. Autores del siglo XVI ya conocen esa circunstancia, aunque también se había querido identificar con *Osset*, citada en el texto de Plinio junto a *Hispalis* (Sevilla), según hace el veneciano Andrea Navagero cuando asistió en Sevilla a la boda de Carlos I con la portuguesa Isabel de Braganza y visitó los restos de aquel despoblado cercano a Sevilla. Posteriormente, el erudito cordobés Ambrosio de Morales en su destacada obra sobre *Las Antigüedades de las ciudades de España* (Alcalá de Henares, 1575) certifica la correcta identificación con Itálica, mientras que Sevilla correspondía a *Hispalis*, la *colonia Iulia Romula* fundada por César.

Al iniciarse el nuevo siglo XVII las circunstancias cambian. Los monjes del monasterio de San Isidoro del Campo, señores de aquellas tierras desde los primeros tiempos de la conquista cristiana, permiten a los habitantes de Santiponce que trasladen su población al llamado actualmente como cerro de San Antonio, sobre el yacimiento arqueológico, ya que la anterior Santiponce estaba situada más cercana al Guadalquivir y era asolada periódicamente por las inundaciones del río. Desde entonces la nueva población crecerá encima del yacimiento aprovechando los materiales arqueológicos como piedra constructiva, a la vez que lo hacían los monjes en las ampliaciones del edificio monacal o para obtener la preciada cal en los hornos correspondientes donde desaparecieron tantos mármoles antiguos. Por otro lado, aquellos años vieron también el interés del humanista sevillano Rodrigo Caro por el yacimiento, que se plasmó tanto en la famosa “Canción a las Ruinas de Itálica”, cuanto en los folios que le dedica a la ciudad en su obra sobre las *Antigüedades de Sevilla...* (Sevilla, 1634). Rodrigo Caro ya hace mención de un recurso que será tópico en las referencias posteriores a la ciudad romana, el haber sido “cuna” de los emperadores “españoles”: Trajano, Adriano e, incluso, Teodosio, según afirmaba la historiografía patria. Ese elemento de prestigio se vinculaba a la magnificencia de los restos conservados, habiendo alcanzado ya un puesto destacado en la poética de las ruinas tan en boga en aquellas centurias.

Habrà que esperar al Siglo de la Ilustración para que se lleven a cabo las primeras indagaciones conocidas en Itálica. Por ejemplo, las que lleva a cabo Manuel Martí, deán de Alicante, cuando a principios de la centuria viene a Sevilla a ordenar la biblioteca de los duques de Medinaceli de la llamada “Casa de Pilatos”; o las que capitanea el Conde del Águila en el anfiteatro, cuyos resultados en forma de dibujos llegaron a las manos del agustino Enrique Flórez, quien los editó en uno de los tomos de su *España Sagrada*; o los trabajos llevados a cabo por los propios monjes jerónimos del monasterio de S. Isidoro del Campo, que conforman una colección en este edificio; y, especialmente, los descubrimientos y acopio de piezas del ilustre Francisco de Bruna y Ahumada, Oidor mayor de la Chancillería de Sevilla y Teniente de Alcaide de los Reales Alcázares, el “Señor del Gran Poder”, como era conocido en su tiempo. Este conformará la más importante colección de esculturas e inscripciones de Itálica, que expondrá en una de las salas del Palacio Gótico de los Reales Alcázares, junto a otra sala donde estaban las pinturas y obras artísticas de la Real Academia de Tres Nobles Artes de Sevilla.

Hay que esperar a los inicios del reinado de Isabel II para ver de nuevo intervenciones arqueológicas significativas en Itálica, junto a la dispersión de la colección formada por los monjes en el monasterio cuando fueron exclaustros con la Desamortización de Mendizábal, perdiendo la propiedad sobre el sitio. Así, sobresalen las excavaciones de Ivo de la Cortina en el año 1839, las primeras más modernas llevadas a cabo en el yacimiento, pero con sus luces y sus sombras propias del momento, que hicieron que solo se conservaran algunas piezas, incorporadas al núcleo arqueológico que existía como sección de antigüedades en el Museo de Pinturas, ubicado en el asimismo exclaustro convento de La Merced, en Sevilla. Dos décadas después destaca la figura del arquitecto cordobés Demetrio de los Ríos, quien llevó a cabo importantes excavaciones en el yacimiento, especialmente en el anfiteatro, pero también en los edificios termales y en algunas *domus*, que denominará como “palacios” por su gran desarrollo. Asimismo, llevará a cabo el montaje de las “salas” del Museo Arqueológico, que se habían situado

realmente en las galerías del exconvento de La Merced, adonde habían sido trasladados a mediados del siglo los restos de la antigua colección de Bruna en los Alcázares. Sin embargo, cuando en 1879 se inaugure el Museo, no será Demetrio de los Ríos el primer director, sino Manuel Campos Munilla, como miembro del cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios.

La salida de Sevilla hacia León de Demetrio de los Ríos en 1880 marca una nueva etapa en la historia de las investigaciones en el yacimiento, en las que solo se pueden mencionar las actividades de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Sevilla y de los propios guardas de las “Ruinas de Itálica”. El nuevo siglo XX asistirá a la promulgación de la primera Ley de Excavaciones Arqueológicas en España, en 1911, junto a su Reglamento en el año siguiente, con la creación de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Itálica se vio favorecida en aquellos años con presupuestos oficiales que permitieron la continuación de la excavación del anfiteatro, llevada a cabo, sucesivamente, por Rodrigo Amador de los Ríos y Andrés Parladé, quien a partir de 1925 también excavará las *domus* cercanas a aquel. Se pretendía la conformación de una “Pompeya española”, con objetivos también turísticos de contar con un yacimiento visitable con la vista puesta en la celebración de la Exposición Iberoamericana, que finalmente se llevó a cabo en 1929.

Dos años antes, en 1927, había llegado a la Universidad de Sevilla como catedrático Juan de Mata Carriazo, quien bajo la II República se hizo cargo de la dirección de los trabajos en Itálica, aunque la guerra civil de 1936-1939 interrumpió aquella tarea, que sería continuada por su colaborador en la Universidad Francisco Collantes de Terán, archivero municipal, así como –a mediados de la década de 1950– la retomaría. Ello fue motivado por el desarrollo de la estructura nacional de la arqueología en la España franquista. Así, en 1939 se creó la Comisaría General de Excavaciones y Antigüedades, en cuyo marco se llevó a cabo la designación de Francisco Collantes como comisario provincial, pero a mediados de 1950 desapareció aquella Comisaría y las responsabilidades se vincularon a los catedráticos de los correspondientes distritos universitarios, siendo Juan de Mata Carriazo el responsable del hispalense. Tampoco debe olvidarse que en 1945 se inauguró el nuevo Museo Arqueológico de Sevilla, donde las colecciones italicenses tenían un puesto de privilegio, destacando las esculturas y los mosaicos, junto –en menor grado– las inscripciones.

Desde el final de la guerra civil y durante los siguientes treinta años la dirección de las excavaciones de Itálica se vinculó a la Universidad de Sevilla: tras el período de Carriazo y Collantes, destaca –en 1970– la actuación de José María Luzón Nogué, discípulo del catedrático Antonio Blanco Freijeiro. Aquel desarrolló durante un lustro un importante proyecto arqueológico en Itálica, bajo planteamientos científicos ya asumidos, en el que se llevaron a cabo excavaciones en el teatro, en las termas mayores y menores, en diversas *domus*, así como en el solar del Pajar de Artillo, en Santiponce, donde se documentaron los niveles prerromanos de Itálica; junto a él colaboraron otros arqueólogos de aquella escuela sevillana, como Pilar León, Lorenzo Abad, Manuel Bendala, Ramón Corzo o Francisca Chaves. A la dirección de Luzón siguieron las de Manuel Pellicer Catalán, quien excavó el *castellum aquae* del acueducto adrianeño y el sondeo de la “Casa de la Venus”, y de Pilar León-Castro Alonso, quien sacó a la luz el *Traianeum*,

el santuario de culto imperial que articulaba toda la ampliación adrianea *ex novo*, lo que Antonio García y Bellido había denominado como la *Nova Urbs* en 1960.

A mediados de la década de 1980 el traspaso en las competencias culturales desde el Estado español a la Comunidad Autónoma Andaluza significó una nueva fase, desligándose de la Universidad de Sevilla, con una nueva estructura de dirección emanada desde la Junta de Andalucía, que culminó con la creación del Conjunto Arqueológico de Itálica en 1989. En aquellos momentos se apostó más por criterios de conservación, restauración y musealización que por realizar nuevas excavaciones, aunque –hay que reconocerlo– con medios siempre limitados, inapropiados para la entidad del sitio arqueológico. Destacados fueron algunos hitos en aquellos años, entre otros muchos: así las pioneras prospecciones geofísicas llevadas a cabo en los comienzos de los 90, dirigidas por Simon Keay y José Manuel Rodríguez Hidalgo; la restauración de la “Casa de los Pájaros” realizada por el mismo José Manuel Rodríguez Hidalgo –la única *domus* que actualmente puede visitarse en su interior–; las excavaciones del teatro, dirigidas por Ramón Corzo, en el marco anterior a la celebración de la Exposición Universal de 1992; o la conmemoración del 2.200 aniversario de la fundación de Itálica en 1995, con publicaciones y otras actividades. A la par, el desarrollo de la arqueología preventiva –denominada entonces de urgencia–, propiciada tanto por la Ley de Patrimonio Histórico de España (1985) como por la de Andalucía de 1991 –actualizada en 2007–, ocasionó diversas intervenciones arqueológicas en el casco urbano de Santiponce, que afectaban a la llamada como *Vetus Urbs*. Lamentablemente no se desarrolló en la localidad ningún proyecto general de investigación, ni fue incluida dentro del programa de Proyectos de Arqueología Urbana, que tampoco tuvo ni continuidad ni éxito, con las consecuencias negativas que ello acarreeó. Por otro lado, las dos crisis económicas que hemos sufrido en fechas recientes, la de 1992-1993 y la de 2008, también significaron pasos atrás en el desarrollo de la gestión del patrimonio arqueológico italicense; ello ha ocurrido, sobre todo, en esta segunda, de la que aún seguimos sufriendo en el fondo los resultados negativos. En Itálica supuso la quiebra de una serie de actuaciones liderada desde el propio Conjunto Arqueológico, junto a proyectos de restauración y puesta en valor, como el tan destacado que afectaba al teatro, que quedó en suspenso. Así, no se han cumplido las excelentes previsiones recogidas en el Avance del Plan Director (2012), que fue dirigido por la entonces directora del Conjunto Arqueológico, Sandra Rodríguez de Guzmán.

En los últimos años la situación de la investigación en Itálica ha ido desarrollándose bajo un nuevo planteamiento, en cierto modo obligado por la falta de medios humanos y materiales de la administración autonómica: el dar cobijo a proyectos de investigación generados desde otras instituciones, especialmente desde las Universidades de Sevilla y Pablo de Olavide. Así, los trabajos de Pilar León y de Sebastián Vargas en el *Traianeum* y las termas mayores; o la destacada revisión y reexcavación de la llamada “Casa del Patio Rodio”, que ahora se denomina como “Casa de Demetrio de los Ríos”, en un proyecto dirigido por Fernando Amores y que ha constituido en los últimos años el *prácticum* del máster en arqueología de la Universidad de Sevilla; o los trabajos de Rafael Hidalgo en la “Casa de la Cañada Honda” y en un sector de la muralla tardorromana que se construye en la *Nova Urbs*, así como nuevas prospecciones geofísicas en diversos sectores del yacimiento. A esa serie de proyectos de I+D+i de carácter arqueológico se ha sumado nuestro proyecto titulado “Proyecto *Colonia Aelia Augusta Italica* (CAAI). Arqueología

del sector NE de la *Vetus Urbs* de Itálica en el marco del proceso de romanización en el “Guadalquivir Inferior”, que fue aprobado y subvencionado por el entonces Ministerio de Economía y Competitividad de España y, posteriormente, enmarcado en el de Ciencia e Innovación, dentro del Plan de Estatal 2013-2016 Excelencia-Proyectos I+D (referencia: HAR2017-89004-P), que se ha desarrollado desde enero de 2018 a junio de 2021, bajo la codirección de José Beltrán Fortes y José Luis Escacena Carrasco. Se perseguía una actualización de lo aportado por la arqueología en ese sector NE de la llamada *Vetus Urbs*, uno de los ámbitos más interesantes del yacimiento, en que confluyen niveles prerromanos, con la muralla republicana y los destacados conjuntos monumentales de época augustea y adrianea, con el teatro a sus pies. La aportación más completa la hemos dado a conocer en un reciente libro que recoge esa síntesis coral, bajo el título *Itálica. Investigaciones arqueológicas en la Vetus Urbs* (Sevilla, 2021).

Por otro lado, debe destacarse el impulso que para la valorización del sitio arqueológico ha supuesto el proyecto de Candidatura a la Lista de Patrimonio Mundial de la UNESCO, que está siendo llevado a cabo por la asociación civil Unión Cívica del Sur (CIVISUR) a partir de un Consejo Asesor de la Candidatura, presidido por Concha Cobreros. Un éxito en ese proceso ya fue la inclusión de “Itálica, ciudad adrianea” en el año 2018 en la Lista Indicativa de España por parte del Consejo Nacional de Patrimonio Histórico. Confiamos que el desarrollo de la candidatura siga incidiendo positivamente en la gestión del Conjunto Arqueológico.

Dentro de las actividades de nuestro proyecto citado se ha decidido llevar a cabo esta monografía que pretende una renovación en la difusión del conocimiento científico del yacimiento y que afecta a dos ámbitos principales, el historiográfico y el arqueológico (incluyendo parcialmente también el epigráfico), desde una perspectiva particular: la reedición de antiguos textos que trataban sobre Itálica, de los que eran autores miembros del equipo investigador del citado proyecto. Hemos llevado a cabo, por tanto, una selección de estudios, que no pretende ser exhaustiva, sino representativa de cómo ha avanzado la investigación en esos dos ámbitos principales desde diversas aportaciones del conjunto de autores. Es por ello que le hemos dado el título de *Itálica revisitada. Una mirada retrospectiva desde la Historiografía, la Arqueología y la Epigrafía*. Por otro lado, dado que los artículos de revistas científicas presentan actualmente una mayor disponibilidad en su consulta, por la digitalización de los fondos históricos de estas, la selección la hemos realizado entre los estudios editados originalmente como capítulos de libros, de más difícil acceso para su consulta, con el objetivo de facilitarlos en una obra colectiva como la presente en la que se suman nueve autores con diversas aportaciones. En el apartado de Historiografía el primero de los trabajos recogido es del año 1993 y se debe a Pilar León, una de las investigadoras que más ha trabajado sobre Itálica a lo largo de su trayectoria académica, que ha culminado con el reciente libro editado sobre *Itálica. La ciudad de Trajano y Adriano* (Sevilla, 2021). Destacado lugar ocupan varios trabajos publicados en la obra colectiva *Itálica 1912-2012. Centenario de la Declaración como Monumento Nacional* (Granada, 2012), que fue propiciada por la Fundación Itálica de Estudios Clásicos con el patrocinio del Parlamento de Andalucía, pero que tuvo una mediana difusión en ámbitos científicos. Apartándonos del criterio cronológico de publicación, ese apartado lo finalizamos con un trabajo editado en 1995, con motivo de la exposición realizada en el Museo Arqueológico de Sevilla en el marco de la celebración del 2.200 aniversario

de la fundación de Itálica, pero donde su autor, Fernando Amores, ha añadido un reciente e inédito “Comentario tras más de dos décadas: 1995-2021”. Por su parte, el segundo bloque de estudios de Arqueología y Epigrafía comienza con un trabajo publicado en 2006 y finaliza con otro de 2015. Hemos respetado en lo posible el sistema de cita de cada uno de los trabajos originales. Confiamos en que la relectura de estos trabajos ofrezca también una actualización sobre la poliédrica atención que la arqueología italicense y el propio sitio histórico arqueológico han suscitado a lo largo de la historia de los últimos seis siglos en esta “nueva visita” a Itálica. Llamamos la atención, por último, sobre la reciente publicación coeditada por las Universidades de Córdoba y Sevilla de una selección de estudios de Pilar León, con motivo de su jubilación administrativa, donde se recoge una importante serie de sus trabajos sobre temas italicenses (C. Márquez y J. Beltrán, eds., *Homenaje a Pilar León, Scripta minora*, Córdoba-Sevilla, 2019).

Debo finalizar esta presentación con el agradecimiento debido a los diferentes autores por haber prestado sus textos para esta edición, así como a los editores e instituciones que propiciaron las publicaciones originales. Asimismo, al Ministerio de Ciencia e Innovación, ya que los fondos del proyecto que nos concedió –y que hemos citado más arriba– nos ha permitido la necesaria colaboración económica en la edición. Finalmente, a la Editorial Universidad de Sevilla, por su habitual diligencia en las labores de edición, y que se plasma en las figuras de la directora, Araceli López Serena, y de la subdirectora, Elena Leal Abad. De nuevo, manifiesto mi público agradecimiento a todos.

BIBLIOGRAFÍA¹

- ALARCÓN, L. y MONTERO FERNÁNDEZ, F. (2017): “The *Traianeum* and the urbanism of Itálica”, *Civiltà Romana. Rivista pluridisciplinare di studi su Roma antica e le sue interpretazioni* IV, pp. 251-270.
- ARTEAGA, O., BARRAGÁN, D., ROOS, A.-M. y SCHULZ, H.D. (2016): “El proyecto geoarqueológico Puerto de Itálica”, *Revista Atlántica-Mediterránea* 18, pp. 75-109.
- BECERRA FERNÁNDEZ, D. y BELTRÁN FORTES, J. (2020): “Sobre soportes epigráficos. A propósito de las inscripciones del *Traianeum* de Itálica”, *Lucentum* 39, pp. 269-294.
- BELTRÁN FORTES, J. y ESCACENA CARRASCO, J. L. (coords.) (2021): *Itálica. Investigaciones arqueológicas en la Vetus Urbs*. Sevilla, Editorial Universidad de Sevilla.
- BELTRÁN FORTES, J., LEÓN, P. y VILA, E. (coords.) (2018): *Francisco de Bruna (1719-1807) y su colección de antigüedades en el Real Alcázar de Sevilla*. Sevilla, Universidad de Sevilla.
- BORJA BARRERA, F., BORJA BARRERA, C. y JIMÉNEZ, Á. (2018): “Paisaje y paleogeografía en el bajo Guadalquivir. Itálica, *Hispalis, Caura*”, en J. L. Escacena, Á. Gómez y L. G. Pérez (eds.), *Caura. Arqueología en el estuario del Guadalquivir*, pp. 17-46. Sevilla, Universidad de Sevilla.

1. Se trata de una selección de trabajos recientes (publicados con posterioridad a 2015) que tratan de diversos aspectos de la arqueología italicense y que demuestra que Itálica sigue siendo un campo inagotable para la investigación. Por otro lado, no se pretende un objetivo de exhaustividad, sino solo presentar al lector una serie de trabajos de referencia posteriores a los últimos trabajos reeditados en este libro.

- CABALLOS RUFINO, A. (2018): “Trajano, Adriano e Itálica: de cuna de emperador a patria imperial”, en A. Caballos (ed.), *De Trajano a Adriano. Roma matura, Roma mutans*, pp. 657-728. Sevilla, Universidad de Sevilla.
- CHAVES TRISTÁN, F. (2020): “El tesoro de áureos hallado en Itálica”, *Habis* 51, pp. 161-191.
- JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, A. (2018): “Errores de replanteo en el anfiteatro de Itálica”, *Arqueología de la Arquitectura* 15, e074.
- JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, A. (2020): “Los anfiteatros de Écija e Itálica: similitudes para la definición de un modelo en la Bética”, *Mastia: Revista del Museo Arqueológico Municipal de Cartagena* 15, pp. 37-74.
- JIMÉNEZ SANCHO, Á. (2020a): “The Iseum of Itálica. A Sanctuary in the Theater’s Porticus”, en L. Bricault y R. Veymers (dirs.), *Bibliotheca Isiaca*, IV, pp. 45-52. Bordeaux, Ausonius.
- JIMÉNEZ SANCHO, Á. (2020b): “La porticus del teatro de Itálica y su transformación en santuario de Isis”, en S. Ramallo y E. Ruiz (eds.), *La porticus post scaenam en la arquitectura teatral romana*, pp. 83-100. Murcia, Universidad de Murcia-Fundación Teatro Romano de Cartagena.
- LEÓN, P. (2018): “Itálica: de la madurez trajánea a la mutación adrianea”, en A. Caballos (ed.), *De Trajano a Adriano. Roma matura, Roma mutans*, pp. 729-765. Sevilla, Universidad de Sevilla.
- LEÓN, P. (2020): “Restos de acrolitos del Traianeum de Itálica”, en J. M. Noguera y L. Ruiz (eds.), *Escultura Romana en Hispania IX*, pp. 369-378. Yecla-Murcia, Universidad de Murcia-Ayuntamiento de Yecla (= *Yakka. Revista de Estudios Yeclanos* 22).
- LEÓN, P. (2021): *Itálica, la ciudad de Trajano y Adriano*. Sevilla, Universidad de Sevilla.
- ONTIVEROS, E., RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, O. y NAVARRO, A.D. (2016): “Mineralogical and physical-chemical characterisation of Roman mortars used for monumental substructures on the Hill of San Antonio, in the Roman city of Italica (prov. Baetica, Santiponce, Seville, Spain)”, *Journal of Archaeological Science Reports* 7, pp. 205-223.
- PALOMERO PÁRAMO, J. (2016): “¡Estatuas bajo olivos!: la gloriosa resurrección de los dioses romanos entre las ruinas de Itálica, contada por la prensa”, en J. Palomero (ed.), *Roma quanta fuit ipsa ruina docet. Nicole Dacos in memoriam*, pp. 194-217. Huelva, Universidad de Huelva.
- RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, O. y GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2016): “Itálica: la fundación de Publio Cornelio Escipión Africano en el corazón de la Hispania púnica”, en M. Bendala (ed.), *Los Escipiones. Roma conquista Hispania*, pp. 223-243. Madrid, Comunidad de Madrid.
- RODRÍGUEZ HIDALGO, J. M. (2020): “Proyecto y propuestas para una Itálica patrimonio mundial en el contexto espacial del término municipal de Santiponce, Sevilla”, en A. Tejedor y otros (coords.), *Innovación para la gestión integrada del patrimonio, el paisaje y el turismo*, pp. 374-395. Sevilla, Universidad de Sevilla.

I
HISTORIOGRAFÍA

Las ruinas de Itálica. Una estampa arqueológica de prestigio

Pilar León

El *cachet* privilegiado que ostenta Itálica en la investigación arqueológica española es algo indiscutido y tradicionalmente admitido por los arqueólogos, que se remiten para aceptarlo a un pasado glorioso simbolizado por la grandiosidad de las Ruinas, a una larga proyección historiográfica y a una imagen idealizada por la poesía y el grabado. Una visión tan unánime no puede ser improvisada y, de hecho, cuando se profundiza en la historiografía de Itálica, se descubre que el origen remoto de aquella va indisolublemente unido al humanismo renacentista, cuyos más conspicuos representantes le tributaron tal reconocimiento, que hicieron de su fama un lugar común en la historiografía de la época. El elogio a Itálica cristalizó con solidez, pero al pasar el tiempo se hizo reiterativo e incluso, en ocasiones, acrítico, razón por la que merece la pena sopesar la fuerza de los distintos factores que han contribuido a forjar esa imagen de grandeza.

Si se toma como punto de partida las fuentes clásicas, lo primero que se advierte es la insignificancia de Itálica para los autores antiguos, aspecto de la cuestión que no pasó inadvertido a García Bellido (1960: 9, nota 2); por el único hecho que se la recuerda es por haber sido cuna de los emperadores Trajano y Adriano, pues ni siquiera el testimonio de Dion Casio sobre la munificencia de Adriano para con su ciudad de origen pasa de ser genérico (Dion Casio: 69, 5, 2ss.; 69,10,1; García y Bellido 1960: 74; León 1988: 84ss.). El origen de la fama de Itálica es, pues, corolario de la de sus hijos más ilustres, posición que aún defendieron humanistas como R. Caro y que empezó a verse preterida cuando empezaron a suscitar curiosidad por sí mismas las ruinas y restos monumentales de la ciudad, o, lo que es lo mismo, a consecuencia del auge adquirido por un fenómeno cultural definido por Riegl como “culto moderno a los monumentos” (Riegl 1987: 33ss.). La importancia del cambio producido en la escala de valores a partir de la época renacentista obliga a considerar la repercusión que dicho cambio tuvo entre nuestros cronistas y primeros historiógrafos.

FUENTES MEDIEVALES

Ni los cronistas musulmanes ni los cristianos transmiten noticias de auténtico interés para conocer el hundimiento y definitivo derrumbe de la antigua Itálica. De las alusiones contenidas en obras muy posteriores como las de Morales, Ortiz de Zúñiga, Zevallos, y

de la breve recopilación elaborada por García Bellido se deduce que tras la conquista musulmana y posterior reconquista cristiana la ciudad vio consumada su ruina e incrementado el expolio, así como adulterado su nombre, que pasó a ser Talikah o campos de Talca (Zevallos 1983: 23, 199ss.; García y Bellido 1960: 49ss.). Es probable que tras la reconquista surgiese para Itálica la nueva denominación de Sevilla la Vieja, como para Medina-Azahara surgió la de Córdoba la Vieja, solución erudita para enlazar el origen de urbes vetustas con campos en ruinas visibles y bien documentados. De lo único que queda constancia en el caso de Itálica es de que a comienzos del siglo XVI sus tierras fueron adjudicadas al monasterio de San Isidoro del Campo, fundado por D. Alonso Pérez de Guzmán, sobre las que se alzaría el pueblo de Santiponce (Sevilla) (Zevallos 1983: 202ss.).

VIAJEROS, CRONISTAS E HISTORIADORES DEL SIGLO XVI

El espíritu renacentista, tan acendrado en la Sevilla del siglo XVI, rescatará a Itálica del olvido y proyectará sobre ella un fulgurante haz de fama. Oculta su identidad tras la denominación “Sevilla la Vieja”, los vestigios de su pasada grandeza no llegaron a quedar del todo ocultos, antes bien reducidos a cenizas ejercieron sobre las mentes curiosas y sensibles de los humanistas el poderoso atractivo de la evocación. He aquí la vía por la que las Ruinas de Itálica entran en la historiografía del Renacimiento, de la mano del ilustre humanista italiano A. Navagero, quien, tras visitarlas, las ensalza por su belleza en el relato del *Viaje* que publicara por el año 1524. Aunque no acierta a identificar el lugar con Itálica, el testimonio de Navagero merece toda consideración, en primer lugar, por haber negado la relación con la Sevilla antigua y, en segundo lugar, por incluir una breve relación de monumentos que allí se veían, entre los cuales reconoce el anfiteatro, los vestigios de un templo y de termas, además de otras muchas ruinas (Navagero 1983: 121. Cfr. CIL II, 145; García y Bellido 1960: 53 y nota 120). Ambas aportaciones son tanto más dignas de ser señaladas por cuanto carecían de precedentes en la historiografía local.

La fuerza de la tradición se mantuvo, no obstante, y así diez años más tarde el sevillano L. de Peraza en su *Historia de Sevilla*, publicada en 1535, menciona entre otras cosas notables el Anfiteatro y las numerosas ruinas de “Sevilla la Vieja” (Peraza 1535: t. III, 5). Hubo que esperar a que en la segunda mitad del siglo el docto humanista cordobés A. de Morales, cronista de Felipe II, en su recorrido por las antigüedades de España identificara a Itálica con el lugar que le era propio, esto es, con las ruinas próximas al monasterio de San Isidoro del Campo, sobre la margen derecha del Guadalquivir y a corta distancia de Sevilla. Buen conocedor de los antiguos clásicos y de las fuentes medievales, Morales se sirvió acertadamente de la información que proporcionaban, sobre todo, del Itinerario de Antonino, para llegar a una conclusión indiscutida desde entonces (Morales 1575: 30). Las premisas establecidas por Morales fueron punto de partida para la historiografía de época posterior en ámbitos tan diversos como los que puedan representar Justo Lipsio, cuando se refiere al Anfiteatro de Itálica¹, o bien Morgado (1578: 8) y Caro,

1. Lipsii 1621: 62: *...in Hispania, Hispali extra muros, nisi fallor pulchrum, sed eius formam nancisci mihi non fuit.*

autor este último que consagrará a Itálica como tema de indagación arqueológica y como motivo de inspiración poética.

ITÁLICA EN LA OBRA DE RODRIGO CARO (1573-1647) Y EN LA POESÍA ESPAÑOLA DEL SIGLO DE ORO

El siglo XVII es un siglo de gloria para las Ruinas de Itálica. En él se pergeña una estampa que funde curiosidad arqueológica con emoción lírica, privilegio reservado a ciudades que por alguna razón han sido símbolos; e Itálica lo fue para el humanismo sevillano receptor de la cultura renacentista y barroca. La semblanza que de Caro trazara García Bellido con ingenio y pluma magistrales, sin evitar el tono laudatorio, es ponderada, pues tras resaltar el conocimiento de los autores clásicos, la dedicación al estudio de las antigüedades, e interés como coleccionista por los objetos arqueológicos y otros rasgos típicos del anticuario o arqueólogo de los siglos XVI y XVII, enjuicia con acierto facetas que ensombrecen la obra historiográfica de Caro, como son un marcado localismo y una credulidad pacata ante escritos infundados contra los que sabiamente se alzaron las voces críticas del momento (García y Bellido 1951). Probablemente la posición de Caro es inseparable de su condición de clérigo, pues así se explica ciertamente tanto su tendencia a incurrir en largas digresiones sobre historia eclesiástica, como el tono admonitorio que a veces adquiere su discurso.

Al margen de estas limitaciones, como impulsor de la investigación arqueológica en España le adorna el mérito de haber superado la simple erudición y de haber aplicado un método basado en la aplicación atenta del terreno y de los restos arqueológicos, así como en la valoración de las fuentes escritas y en la búsqueda de confrontación crítica para sus opiniones y juicios (Caro 1634; prólogo s/p), apoyados también en datos de topografía y toponimia y en la información proporcionada por inscripciones y monedas, que él mismo recogía y coleccionaba (Caro 1634: prólogo s/p, ff. 103, 104v-106v), Caro sentó las primeras bases de la indagación arqueológica, de donde la autoridad y prestigio que alcanzara su obra en épocas posteriores.

Itálica fue sin duda uno de los temas preferidos de Rodrigo Caro. La visitó por primera vez según su propio testimonio en 1595, por tanto, cuando aún era estudiante en la Universidad de Osuna, en la que se licenciaría al año siguiente (Caro 1604: 21; García y Bellido 1951: 5). Del impacto que le causara aquella visita tendremos ocasión de hablar a propósito de la *Canción a las Ruinas de Itálica*, pero desde ahora cabe afirmar que surgió entonces tanto la curiosidad en el terreno arqueológico como la compenetración con el espectáculo suscitado por la contemplación de las ruinas.

En dos ocasiones separadas por un largo intervalo de tiempo se ocupa Rodrigo Caro de las antigüedades de Itálica y, por cierto, en dos obras semejantes. La primera es en 1604, en el estudio monográfico dedicado a su ciudad natal, Utrera (Sevilla), y su intención es deshacer un equívoco extendido entre varias ciudades que reclamaban el blasón de la identidad de Itálica. Al ser Utrera una de ellas, Caro sale al paso del error, de ahí que la primera descripción “de los muchos rastros de antigüedad que se hallan en Sevilla la Vieja” aparezca en el *Memorial de la Villa de Utrera* (Caro 1604: 17ss.) correctamente ubicados e identificados. La descripción que de ellos ofrece es sucinta, pues va poco más

allá de la mención al estado de conservación en que se encontraban los pocos monumentos que aún se prestaban a ser reconocidos:

Están en esta ciudad o despoblados solos dos edificios con su antigua forma. El uno es una plaza de armas o atarazana, toda de ladrillo y bóveda... Este edificio está en un cerro algo eminente. Hay también un anfiteatro o circo y este me pareció obra de más antiguo y puramente de romanos

Mas adelante un poco hay otros grandes destrozos, y allí quieren decir o imaginar debió de ser algún templo, porque las ruinas muestran haber sido obra magnífica.

Permanece parte de un acueducto, por donde venia agua a la ciudad... La forma de las calles y casas no se parece con distinción. Solo una torre está en pie... (Caro 1604: 17ss.).

Los monumentos identificados en esta descripción son el anfiteatro, el acueducto, alguna torre de la muralla y los probables restos de un templo; la “plaza de armas o atarazana” es una interpretación *sui generis* errónea de las termas menores ubicadas en el actual Cerro de los Palacios; en cuanto a calles y casas, apenas debían ser reconocibles.

Por segunda vez retoma Caro el tema de Itálica en 1634, en el estudio dedicado a las antigüedades de la ciudad de Sevilla y de las ciudades pertenecientes a su antiguo convento jurídico (Caro 1634: ff. 101v. ss.). En esta ocasión la secuencia de datos arqueológicos apenas ofrece innovaciones, a no ser el hecho de servir de colofón a toda la información previa que sobre Itálica había recabado Caro. La principal idea plasmada y reiterada en este compendio es que Itálica debe su fama a los ilustres próceres que de ella salieron, a la cabeza de los cuales están los emperadores Trajano, Adriano y Teodosio (Caro 1634: ff. 101v ss.; 107ss.; 113). Es esta premisa la que suscita el interés por indagar otras cuestiones esenciales en la historia de la ciudad, como son su origen, *status* jurídico y restos monumentales. Para resolver la primera de ellas en su doble vertiente –fundación y localización– recurre a las primeras noticias transmitidas por Apiano y Plinio, así como también lo hace para explicar el nombre de la ciudad, tomado según Apiano de la patria de sus primeros moradores, Italia (Caro 1634: ff. 102ss. Cfr. García y Bellido 1960: 14ss.). En cuanto al *status* jurídico de Itálica, se inclina Caro por considerarla municipio hasta su posterior conversión en colonia en tiempos de Adriano, según dan a entender epígrafes y monedas (Caro 1634: f. 103).

Finalmente, la relación de monumentos conservados y del estado en que se hallaban, merece ser transcrita para sacar conclusiones respecto a la otra relación anteriormente citada. En el último capítulo del estudio dedicado a Itálica en las *Antigüedades y Principado de la Ilustrísima Ciudad de Sevilla*, entre “otras cosas de Sevilla la Vieja” dice Caro:

Queda un anfiteatro, obra insigne de los romanos, que, aunque destruydo en la mayor parte, todavía conserva la forma, que tuvo.

Yo vi allí casi la Capilla Mayor de un templo, que todavía perseverara: ya oy no queda casi nada della. También quedan casi sepultadas debaxo de tierra unas thermas, que aun el tiempo no ha podido desbaratallas, muchos cimientos de torres, y otros edificios.

Vese un aqueducto, que venia continuado desde la antigua villa de Tejada...

Vese también aquí en Itálica una fuente, ya muy desfigurada, pero donde se conserva un manantial, y un edificio hecho de boveda, que con las muchas ruynas casi lo cubre la tierra. Otro estava en un cerro hecho de boveda, todo de ladrillo, y parecía sala de armas, y este todavía perseverava entero... (Caro 1634: 112v).

Novedades en esta segunda descripción de las Ruinas son, en primer lugar, la mención de unas termas, tal vez las llamadas Termas Mayores, ubicadas al oeste de la *Nova Urbs* adrianea, excavadas por D. de los Ríos, como luego veremos; aunque también podría tratarse de otro gran complejo termal inmediato al *Traianeum* (León 1992: 94, nota 26). Con este último se corresponden probablemente las ruinas de la “capilla mayor de un templo”, de cuya magnificencia se hacía eco Caro en 1604 (León 1988: 3ss.) y cuya destrucción parece consumada treinta años después. En segundo lugar, el “edificio hecho de bóveda, que con las muchas ruinas casi lo cubre la tierra”, descripción antigua que hace inviable cualquier intento de identificación. Por lo demás, insiste en mencionar la “sala de armas” (Termas Menores), el acueducto, los cimientos de torres de la muralla y de otros edificios sin identificar. Como ya ocurriera previamente el edificio mejor descrito e identificado es el Anfiteatro, cuya magnitud y estado de conservación permitían consideraciones más detalladas.

Además de ser los únicos vestigios visibles de una ciudad que fue cuna de emperadores, las Ruinas despiertan en R. Caro admiración y entusiasmo por su grandeza y valor intrínsecos, actitud a través de la que se manifiesta la recepción de la herencia renacentista en cuanto regeneradora del interés por los monumentos clásicos en sí mismos (Riegl 1987: 33ss.). Así lo hace constar con toda claridad, cuando al final de su estudio celebra las efemérides que supuso la visita de Felipe IV a Itálica en el año 1624:

Hanse hecho a las ruynas de Itálica varios Epigramas, y Canciones, por los que allí llegan, y ven aquel cadaver de la antigua ciudad, y de ordinario todas las personas de consideracion hazen jornada a verla, con admiracion, y respeto, por aver sido patria de tan ilustres varones, y el año 1624 viniendo a Sevilla el Rey don Felipe quarto nuestro señor, Dios le guarde, con muchos Señores y Grandes de su Reyno, fue a ver, y hazer memorable aquel sitio con su vista, aumentando su antiguo decoro, y estimacion, con tenerla su Magestad de aquellas memorables ruynas... (Caro 1634: fol. 113).

Estas palabras, por otra parte, sirven de preámbulo para abordar un tema ajeno a la Arqueología, aunque la interfiere, puesto que se trata de la proyección poética alcanzada por las Ruinas de Itálica. Como es sabido, las ruinas, en general, han sido tema de inspiración frecuente entre pintores y poetas en atención a dos rasgos primordiales advertidos por Riegl; en primer lugar, porque en cuanto objeto de percepción estética ofrecen el deleite de convertir lo truncado o derruido en algo más evocador que la plenitud precedente y, en segundo lugar, porque su mensaje simboliza el contraste entre la decadencia del presente y la idealización del pasado (Riegl 1987: 42ss., 49ss.). Para la poesía de los siglos XVI y XVII este tema vino a ser un refuerzo argumental para la reflexión moral y filosófica, que efectivamente emerge con pujanza en el caso que nos ocupa.

Composiciones poéticas inspiradas en ruinas célebres no son raras en nuestro Siglo de Oro y así lo atestiguan el precioso soneto a Troya de Arguijo (B.A.E. XXXII: 379-IV), el largo poema a las ruinas de Roma de Arjona (B.A.E. LXIII: 536) y los sonetos a una ciudad sepultada en el mar y a la Atlántida de Rioja (B.A.E. XXXII: 379-IV y VIII). Las Ruinas de Itálica no solo van a enriquecer la serie sino a acaparar en gran medida la predilección de los poetas, ya que inspiraron el soneto de Medrana, del que se conocen dos versiones (B.A.E. XXXII: 350-XXVI; XLII: 595); el soneto de Rioja

(B.A.E. XXXII: 380-XVI), el de Quirós (B.A.E. XXXII: 421-I), la *Canción* de Caro en la que nos detendremos, y todavía en la segunda mitad del siglo XVIII la oda de Núñez Díaz (B.A.E. LXVII: 613-II). Sin lugar a duda, la *Canción* de Caro antecede a todas por su belleza formal y hondo contenido, aunque las afinidades temáticas y estilísticas hayan suscitado dudas en torno a la autoría, disputada entre Caro y Rioja. La atribución al primero es hoy generalmente admitida sobre la base del análisis lingüístico y estilístico de las cinco versiones conocidas de la *Canción*, fechadas entre 1595 y 1614 (Caro 1604: 21ss.; 96ss.; Caro 1626: 433ss.). En opinión de E. M. Wilson, en ese lapso de tiempo la *Canción* ganó progresivamente calidad literaria y sentido arqueológico, hasta hacerse netamente clásica (Wilson 1936). Sin negar la posibilidad de interinfluencias (Wilson 1936: 378, nota 1), Wilson preconiza la solución más tarde consolidada por R. Mortier en su estudio sobre la llamada “poética de las ruinas”, en el que pone de relieve la frecuencia en que se producían transformaciones y adaptaciones de un mismo tema o motivo (Mortier 1974: 54; 58ss.).

Puesto que aquí nos interesa especialmente la faceta arqueológica de la cuestión, merece la pena subrayar que para Wilson “la figura de Caro como arqueólogo es respetable, pero no muy importante” (Wilson 1936: 395), juicio que sugiere un conocimiento de la obra en prosa de Caro. En este sentido conviene tener presente que a pesar de la profunda transformación formal que experimenta la *Canción a las Ruinas de Itálica*, su núcleo ideológico y motivológico permanece inalterado –reliquias miserables, monumentos convertidos en cenizas, gloria y celebridad sepultadas, etc.–, fiel al cuadro de impresiones y emociones que la contemplación de las Ruinas suscitó al autor por primera vez en 1595. Del mismo espíritu hacen gala las palabras con las que, sobrepasada su madurez, describe Caro el ambiente del yacimiento:

Porque en medio de aquellas lastimosas reliquias, que a pesar de los días aun todavía permanecen en el despoblado de la que oy llamamos Sevilla la Vieja, aun no están acabadas de sepultar sus grandezas y en el silencio de aquel antiguo pueblo, al mas divertido caminante da voces desde aquellos siglos la fama de sus ilustres hijos, y pide para aquellas despedazadas reliquias admiración, y respeto, publicando, que allí fueron las primeras cunas de Trajano, Adriano, y el gran Theodosio... (Caro 1634: f. 101v).

La afinidad con la *Canción* es fácil de captar y en virtud de esa cohesión el mensaje poético ganó la credibilidad, de ahí que su éxito resultara decisivo para enmarcar la estampa de las Ruinas en un halo de celebridad y prestigio. El acierto de Caro estuvo en imbuir belleza lírica a lo que en apariencia era trivial –jaramago, lagartos, destrozos...– y en crear oposición dialéctica entre esa misma trivialidad presente y la grandeza pasada, cuyo más afortunado exponente son los versos de entrada:

*Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora,
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa.*

La descripción arqueológica que sigue adquiere tintes ideales, sin llegar a hiperbólicos, para facilitar el parangón con lo más florido de las urbes antiguas –Troya, Roma,

Atenas–, equiparadas todas al fin en su reducción a “cenizas” y “vastas soledades”. Es así como Itálica penetra en la dimensión de los paradigmas.

Generaciones de estudiosos, eruditos y poetas han ensalzado a R. Caro e incluso en nuestro tiempo se ha tributado algún homenaje indistintamente dirigido a la estampa arqueológica y a su artífice (Padrón 1973).

EL SIGLO XVIII

La impronta neoclásica en la historiografía de Itálica

Academias, diccionarios, viajes, excavaciones son los nuevos resortes de una “erudición que toma en el siglo XVIII un tinte particularmente arqueológico” (Lafuente Ferrari 1936: 45 [1978: 41]). La impronta del nuevo signo se advierte desde muy pronto y uno de los ejemplos más insignes en la línea de los repertorios arqueológicos ilustrados es la obra de B. Montfaucon (1722: 257ss.), en la que no falta la mención a las antigüedades de Itálica y en especial al Anfiteatro, cuya planta reproduce a partir de un dibujo de Lucas Valdés, enviado a Montfaucon por el deán Martí junto con una descripción del monumento². A un procedimiento similar recurrió posteriormente el eximio Padre Flórez para ilustrar su preciosa descripción del Anfiteatro de Itálica (Flórez 1776: 234ss.), pues solicitó información del ilustre prócer y erudito sevillano D. Miguel de Espinosa, Conde del Águila, que se la proporcionó a través del arquitecto mayor del Cabildo, P. de San Martín y Lara, y del dibujante J. de Espinar (Collantes 1942: 83ss.). No se reduce solamente el P. Flórez a describir y comentar el Anfiteatro, sino que ofrece una visión de conjunto de la historia y monumentos de la ciudad, en la que sigue de cerca a Morales y a Caro (Collantes 1942: 227ss.). La influencia de este último es especialmente clara y queda de manifiesto incluso en determinadas expresiones, como, por ejemplo: “Hasta las piedras dan voces sobre la verdadera situación de Itálica”, o bien “No es menos notable el respeto que en el mudo silencio de sus ruinas concilia aquel terreno” (Collantes 1942: 233ss.), en las que se percibe el eco de la *Canción a las Ruinas de Itálica*. Especial atención dedica Flórez a los epígrafes y monedas italicenses, terreno en el que realiza importantes aportaciones, de las que partirán otros cultivadores de esa misma línea de investigación como Ceán Bermúdez, Hübner y Delgado.

El preludeo de la arqueología científica en Itálica: las excavaciones de Bruna

La difusión del pensamiento ilustrado y de la estética neoclásica en los círculos cultos de la Sevilla del siglo XVIII es inseparable de las excavaciones arqueológicas emprendidas hacia 1781 en Itálica por D. Francisco de Bruna y Ahumada, teniente de alcalde de los

2. *Antigüedades de España*, por el P. Esteban de Ferreros de la Compañía de Jesús, manuscrito conservado en la Biblioteca Colombina de Sevilla (sig. 82-3-16: f. 62). Fue propiedad del Conde del Águila, que en el encabezamiento del manuscrito anota haberlo recibido del autor el año 1752 (Ríos 1862: 13ss).

Reales Alcázares de Sevilla (Romero Murube 1965). No eran las primeras que se realizaban, pues actividades de esta índole están documentadas, al menos, desde 1753, muy probablemente promovidas por el mencionado Conde del Águila³, pero sí eran las que por primera vez se desarrollaron con continuidad y con arreglo a un objetivo bien definido, que era obtener estatuas, epígrafes y demás piezas valiosas, para enriquecer la colección de antigüedades que el mismo Bruna había formado e instalado en el Alcázar. Desconocemos los pormenores del proceso de excavación y el lugar exacto en que se realizara, pero el hecho de que Bruna estuviera secundado por el Conde del Águila hace presumir que acudiera al sitio en que tanto las ruinas conservadas como los hallazgos previamente acaecidos sirviesen de reclamo para cualquier observador avezado. En la medida de lo que hoy nos es dado conocer, probablemente se trataba del lugar conocido como la “era del convento”, esto es, los aledaños del monasterio de San Isidoro del Campo⁴; tal vez por eso los monjes jerónimos del monasterio obstaculizaron la labor de Bruna y se opusieron en vano, al traslado a Sevilla –al Alcázar– de los hallazgos sensacionales obtenidos en las excavaciones, entre los cuales las piezas más preciadas de la escultura ideal italicense. La “diligencia apasionada por la arqueología” de Bruna, como dijera Romero Murube (1965: 48), salvó toda traba y de esa forma obras como el torso de Artemis, mayor que el natural, un torso masculino con clámide, las estatuas colosales heroicas de Trajano y probablemente Adriano, por sólo citar las más célebres, quedaron instaladas en los salones del Alcázar, e integradas en la colección que dio origen al actual Museo Arqueológico de Sevilla (García y Bellido 1949: 145, n° 154, lám. 115. 180, n° 199, lám. 147. 32, n° 20, lám. 20. 181, n° 202, lám. 149. Fernández-Chicarro y Fernández 1980: 12ss.). La intensa actividad desplegada por Bruna, en la que se ha de incluir la fundación de la Academia de las Tres Nobles Artes de Sevilla (Romero Murube 1965: 49ss.), demuestra con toda claridad que era un representante típico del arqueólogo-anticuario neoclásico, muy vinculado, en consecuencia, al círculo de los ilustrados formado por Ponz, Ceán Bermúdez, Moratín y otros cuya mentalidad respondía al impulso renovador de la Ilustración. Por otra parte, el juicio encomiástico que mereció la obra de Bruna entre sus contemporáneos y el que hoy podemos hacerlos a través de algunos de sus escritos (Bruna 1875) acreditan no solo una gran erudición, sino también un sentido receptivo hacia las ideas que empezaban a consolidar a la Arqueología como ciencia. Prueba de ello es la fama que llegó a alcanzar la colección arqueológica por él creada, a la que acudió en 1795 L. Fernández de Moratín en compañía de J. A. Ceán Bermúdez al regreso de un viaje a Roma. No deja de ser curioso que fuera Moratín el que en esa visita identificara la estatua heroica de Trajano, de donde el interés de su propio testimonio:

En un salón del Alcázar está la colección de antiguos del Sr. Bruna, de la cual hace mención Ponz en sus viajes y tiene razón en comparar las estatuas desnudas halladas en Itálica

3. De las noticias transmitidas por Ponz (1972: 228ss.), Zevallos (1886: 25ss.) y Matute (1827: 80ss.) se deduce que algunos pedestales de estatuas y epígrafes dados a conocer por Flórez, habían sido encontrados por el Conde del Águila.

4. Aunque carecemos de información específica al respecto, las noticias transmitidas por Pérez Bayer (*infra*) parecen reafirmar la hipótesis favorable a la “era del convento”; en la actualidad es la zona en torno al Cerro de los Palacios en Santiponce (Sevilla).

con lo mejor del Vaticano; la que está partida por medio del rostro me pareció que podría ser un Trajano: la boca y la barba son muy parecidas a las cabezas de aquel emperador... (Romero Murube 1965: 58ss.).

La celebridad de las esculturas exhumadas por Bruna no es cuestión anecdótica, antes bien implica una toma de postura por parte de quienes reconocían su calidad artística e interés arqueológico. Así lo confirma el hecho de que, en plena época de reorganización de las Colecciones Reales, durante el reinado de Carlos III, se pretendiera trasladar a Madrid los hallazgos escultóricos de Bruna, de los que éste había informado al ministro Floridablanca (Arribas 1950: 188); pretensión análoga a la que posteriormente tuvieron los Duques de Montpensier, interesados en el traslado de las esculturas al Palacio de San Telmo (Arribas 1950: 49ss.).

En las afortunadas excavaciones y magníficos hallazgos que rubricaron la fama legendaria de Itálica y consolidaron el prestigio de su riqueza arqueológica –fustes de columnas y pedestales de estatuas de mármol, pavimentos de mosaicos, muros de ladrillos con enchapado de mármol, además de las esculturas ya citadas–, se cifra la importancia de la contribución de Bruna a la arqueología italicense, a lo que se ha de añadir una visión moderna proclive a la apertura de la colección de antigüedades arqueológicas, algo que no pasó desapercibido a sus contemporáneos y que mereció encendidos elogios. Por expresivo y bien fundado viene a colación el de Ponz, que había estado en contacto con Bruna y conocido la colección del Alcázar, sobre la que nos dice:

Vamos ahora al Real Alcazar, en el cual mi favorecedor el Señor Don Francisco de Bruna, Decano de esta Real Audiencia con honores y antigüedad del Supremo Consejo de Castilla, ha aumentado sus preciosidades, habiendo ennoblecido cada dia mas y mas el gran salón, mediante su zelo y extraordinarias diligencias; de suerte que ya puede ser tenido por un recinto de la mayor instrucción... (Ponz 1792 [1976]: 216).

Y poco más adelante añade:

El espacioso gabinete de medallas, piezas grabadas, armas, instrumentos antiguos y otras mil curiosidades, que posee dicho Caballero, ha tomado notable aumento desde la otra vez que lo vi, y todo prueba su fino gusto e inteligencia en estas materias... (Ponz 1792 [1976]: 226).

En un tono similar, Zevallos, cuya mentalidad difería de la de Bruna, como más adelante veremos, comenta:

Estos pedestales y troncos de estatuas los llevó el Sr. D. Franc^o de Bruna al Alcázar de Sevilla, donde junta otras piezas de antigüedad y de las nobles artes, para fomentar el estudio de profesores... (Zevallos 1886: 27).

Si entre las múltiples aportaciones de Bruna a la arqueología italicense hubiera que resaltar una, esta sería el haber puesto a Itálica a la altura de otros yacimientos arqueológicos insignes, en los que por la misma época intervenían personajes españoles, como Alcubierre en Pompeya y Azara en la Villa de los Pisones en Tívoli. La participación

activa de todos ellos en el afianzamiento y difusión de la arqueología no se puede pasar por alto ni ser infravalorada⁵. He aquí la deuda que Itálica tiene contraída con Bruna.

Itálica en los libros de viajes del siglo XVIII

Las actividades de Bruna, tan representativas de la renovación cultural de la época de Carlos III, adquirieron gran resonancia gracias a los relatos de viajes, faceta igualmente representativa del espíritu humanista del espíritu de la Ilustración. Especial resonancia adquieren en este campo y relación con Itálica los nombres de A. Ponz y de F. Pérez Bayer. De los dos Ponz es el que mejor testimonia la inquietud y la adhesión al proceso de renovación iniciado en el ámbito de las antigüedades y de las bellas artes. El interés por los monumentos clásicos hace decir a Ponz que considera a Itálica “célebre por haber sido patria de Emperadores, por sus antigüedades y porque también se encuentran cosas dignas de pertenecer a las bellas artes” (Ponz 1784 [1972]: 222). Atraído muy particularmente por éstas últimas, esto es, por las que en su tiempo se entendían como tales, apenas se detiene en las ruinas, excepción hecha de las del Anfiteatro, pues para las demás remite a las fuentes que da como principales, Caro y Flórez (Ponz 1784 [1972]: 229ss.). La evolución respecto a etapas anteriores se observa con toda claridad en la actitud por Ponz ante las ruinas; consiste ésta en abandonar la actitud meramente contemplativa y en adoptar una analítica en el sentido de inquisitiva respecto al estado originario, de ahí que resuma su opinión sobre el Anfiteatro con estas palabras:

Lo que yo puedo decir es, que me admiré al verlo, y considerar cuál sería quando estaba entero... (Ponz 1784 [1972]: 230).

Entre las piezas arqueológicas le interesan las inscripciones (Ponz 1784 [1972]: 228ss.; IX: 218ss.), como a sus antecesores, pero si en algo se extiende y recrea ampliamente es en las esculturas, cuya descripción realiza de manera pormenorizada. Como prueba se pueden aducir los comentarios a los torsos colosales heroicos de Trajano y probablemente Adriano, hallados por Bruna en 1778, que Ponz no llega a identificar, aunque capta con agudeza su contenido artístico. Al hacerlo, recurre a ideas e incluso expresiones en las que resulta fácil descubrir claras resonancias winckelmannianas, a las que Ponz parece muy receptivo, pues a su juicio en dichas obras “lo singularísimo es la nobleza, grandioso carácter y corrección de las figuras, comparables ciertamente a lo mejor de lo antiguo” (Ponz 1784 [1972]: IX, 222ss.); el torso de Artemis, otro descubrimiento de Bruna –que Ponz toma por una amazona– le parece “de bellísima gracia y excelentes paños”⁶. En este mismo orden de cosas y en relación con las ideas imperantes en la época sobre el arte clásico, merece la pena subrayar que, en atención a la excelencia acreditada por estas obras, Ponz las considera griegas y sólo parangonables a las que por entonces

5. Sobre las actividades arqueológicas de Alcubierre cfr. Fernández Murga 1989: 21ss. Sobre Azara cfr. en este volumen M. A. Elvira.

6. Ponz 1784 [1972]: *ibidem*. Sobre la interpretación del ideal estético y artístico de Winckelmann, así como sobre su repercusión, Himmelmann 1971: 3ss.

albergaba el Museo Capitolino, carentes de todo posible paralelo en España (Ponz 1784 [1972]: IX, 223).

Como, por otra parte, se siente movido por el cientifismo y por el didactismo impulsados desde los círculos intelectuales más conspicuos, el éxito de las excavaciones de Bruna y de la colección arqueológica por él creada le parecen rasgos más que suficientes para proseguir la investigación arqueológica en Itálica y fomentar con medios modernos, como eran los vaciados, el estudio de las esculturas. La opinión de Ponz es tan aleccionadora que merece ser transcrita:

¡Que incentivo este para continuar las excavaciones de Santiponce! Acaso se encontrarían donde se hallaron estas estatuas las partes que le faltan, y otras muchas cosas. Debían entretanto sacarse moldes, y multiplicar tan excelentes modelos... (Ponz 1784 [1972]: IX, 223).

En este sentido cobran pleno significado los dibujos con los que Ponz ilustra sus comentarios a las esculturas (Ponz 1784 [1972]: IX, lám. junto a p. 224), algo sumarios –“apuntamientos” les llama– pero valiosos desde el punto de vista de la difusión de la magnífica estatuaria ideal italicense. Todo esto viene a incidir en un sentido tan interesante como el desplazamiento de la curiosidad científica hacia la vertiente histórico-artística y coleccionista, típica del gusto propio del siglo XVIII.

No por ello cayeron en el olvido las Ruinas, en torno a las que se centran los comentarios de F. Pérez Bayer, que las visita y describe en 1782 durante un viaje a Andalucía y Portugal (Pérez Bayer 1782: ff. 237ss.). Aunque no se les ha prestado la atención que merecen, dichos comentarios son sumamente útiles, sobre todo, desde un punto de vista topográfico, pues es el único autor que da referencia y orientación del itinerario seguido, así como de los monumentos que lo jalonan. Como punto de partida toma el monasterio de San Isidoro del Campo y en dirección norte llega hasta el anfiteatro, único monumento descrito en detalle. Tras copiar varias inscripciones conservadas en el monasterio (Pérez Bayer 1782: ff. 237v ss.), dice sobre los restos arqueológicos:

Fuimos desde allí al monasterio del lugar. Sobre el cerro a cien passos azia Poniente hay una pequeña colina y varios fogones y ruinas antiguas. En este sitio se hicieron el año proximo pasado de 81 (1781) alg. excavaciones y sacaron alg. inscrip. con RESP. ITALICENSIVM y troncos de bellas estatuas que se trasladaron al Alcazar de Sevilla y estuvieron en el salon destinado a estas antiguallas. De unas y otras hemos hablado y las inscrip. tan copiadas.

Existen aun hoy en el sitio de estas excavaciones una bella caña de columna y un capitel corintio y otras piedras labradas a la inclemencia y sueltas rodando por allí.

Desde esta colinita bajando entre Poniente y Norte hay otro pequeño valle; y de el vuelve a empinarse suavemente otra colinita plantada de olivos como a 200 passos se acaba de subir. De allí a 50 passos de la vereda por donde se baja se descubren a mano diestra ruinas antiguas que muestran haber sido arcos y aquello cañería o aqueducto. Al fin de la bajada o declive de la colina en un valle bastante menos desaogado estan las ruinas del celebre anfiteatro de Itálica que sin embargo los trabajos que ha sufrido del tiempo y la barbarie conserva señas de su grandeza (Pérez Bayer 1782: ff. 237ss.).

Las localizaciones de Pérez Bayer son fiables por estar referidas en distancia al monasterio y por estar orientadas en un itinerario que avanza hacia el norte, en dirección

al anfiteatro, por toda la zona extendida a poniente de la antigua carretera de Extremadura. Esta circunstancia permite resaltar algunos aspectos interesantes a efectos topográficos y arqueológicos, puesto que parece claro que la primera colina del itinerario se corresponde con la zona de la “era del convento”, o lo que es análogo, con el actual Cerro de los Palacios, sobre el que se asientan las termas menores y algunos edificios de época republicana y altoimperial (Corzo 1982: 308ss.). En segundo lugar, las aseveraciones sobre las excavaciones allí realizadas en 1781 y sobre los hallazgos escultóricos y epigráficos confirman la actividad desarrollada por Bruna en dicha zona. En tercer lugar, la siguiente colinita, bien descrita y orientada por Pérez Bayer, debe ser el “Olivar de los Palacios”, no lejos del que quedan los restos monumentales, entre los cuales los de una arquería correspondiente con gran probabilidad a la Casa de la Exedra (García y Bellido 1960: 94ss.; Corzo 1989: 262ss.). Por último y fuera de toda duda está la hondonada en la que sobresale la mole impresionante del Anfiteatro (Pérez Bayer 1782: ff. 239ss.).

La contribución de Pérez Bayer al conocimiento arqueológico y topográfico de Itálica merece consideración, aunque sólo sea por el hecho de haber superado la inexactitud descriptiva de sus predecesores.

El retorno a la crónica tradicional: *La Itálica de Zevallos*

Por los mismos años en que escriben Pérez Bayer y Ponz, el padre maestro del monasterio de San Isidoro del Campo, fray Fernando de Zevallos, redacta una historia de Itálica en la línea iniciada siglo y medio antes por R. Caro. La obra, titulada *La Itálica*, estuvo inédita hasta 1886, pero el manuscrito y las copias que de él se hicieron circularon sin cesar y tuvieron una gran repercusión⁷. En principio podría parecer que la vuelta a la forma de la crónica tradicional desentona en el panorama historiográfico de finales del siglo XVIII, pero resulta explicable si se tiene en cuenta la personalidad y la formación de Zevallos, enemigo declarado de la Enciclopedia y de las “insidiosas elucubraciones de jansenistas y volterrianos” (Zevallos 1886: XI) y autor de un tratado filosófico-teológico titulado *La falsa filosofía o el ateísmo, deísmo, materialismo y demás nuevas sectas convencidas de crimen de estado*, al que realmente debe su fama⁸. Nada tiene, pues, de extraño que Zevallos volviera los ojos a un modelo como Caro, al que emula en sus actividades literarias y cometido arqueológico. La dependencia de los capítulos dedicados por Caro a Itálica en las *Antigüedades y Principado de la Ilustrísima Ciudad de Sevilla* se manifiesta no solo en un planteamiento afín, ciertamente más desarrollado en la obra de Zevallos, sino en la utilización de imágenes y expresiones similares desde las primeras páginas de *La Itálica*⁹.

7. Sobre los avatares por los que pasó la obra de Zevallos informa F. Collantes de Terán en el prólogo preparado para la edición de 1886 a cargo de la Sociedad de Bibliófilos Andaluces (Zevallos 1886: Vss.). La fecha del manuscrito debe caer hacia comienzos de la década 1780-90, según se deduce de una referencia de Zevallos a las excavaciones de 1781 (*ibidem*: f. 80). En 1983 el Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Sevilla subvencionó una edición facsímil de la de 1886.

8. La obra, en 6 volúmenes, fue editada en Madrid en 1774 (Zevallos 1886: VIIIss.). Probablemente a la polémica desatada en torno a ella alude el célebre Don José Nicolás de Azara, que era la antítesis de Zevallos, en la anécdota recogida por M. A. Elvira en su estudio sobre Azara.

9. Zevallos, 1886: 1ss. Los enunciados del índice bastan para remitir el elenco de temas tratados por Caro.

Aún más llamativo y esclarecedor resulta el que Zevallos desautorice a humanistas e historiadores como N. Antonio (Zevallos 1886: 46ss.) o E. Flórez, pues sobre todo éste, crítico y certero, había rebatido errores de Caro, que Zevallos vuelve a sostener¹⁰. Otro rasgo común a ambos es el carácter de compendio dado a sus escritos sobre Itálica, hecho que facilitaba la consulta y acrecentaba el prestigio de las respectivas obras.

En el plano arqueológico la aportación de Zevallos no representa un especial avance respecto a obras de autores anteriores, concretamente, respecto a la de Caro, pues, aunque sus descripciones de monumentos son más largas, no llegan a ser más precisas ni más profundas¹¹; no obstante, resulta de utilidad para conocer la evolución del yacimiento y el estado en que se conservaban los monumentos a finales del siglo XVIII. He aquí la relación de los mencionados:

1. *En cuanto a Templos sólo dura el nombre del de Diana, y es un edificio casi cuadrado, del que sobresalen los muros, especialmente por los cuatro ángulos. He oído a personas antiguas que conocieron aquellos muros levantados por un lado hasta el arranque de la bóveda. Creo que desta habló Rodrigo Caro, donde dice, que alcanzó a conocer en pie la capilla mayor de un templo. La llamaría capilla mayor, porque como es un quadro de diez á once varas, se parece al crucero ó capilla mayor de una iglesia. Pero esto es el todo de aquella fábrica, sin que á su continuación haya cimientos de mayor edificio*¹².

2. *De la Basílica es preciso creer que la hubiese; contando que tuvo Duumviro y Quinquennales; los quales daban audiencia en la Basílica. Este edificio solia ser de los de mas magestad, y al modo de grandes iglesias, y por lo qual se llaman hoy Basílicas los Templos que son de grandeza y forma mas augusta, como las Catedrales; y porque muchas Basílicas se consagraron en Iglesia despues que prevaleció la verdadera religión. A la redonda destas habia magníficos pórticos, donde se paseaban y hacian tiempo los que venían a negocios o pleitos. He notado en el sitio de Itálica, y dentro de la cerca de los muros, los vestigios de una gran fábrica que tiene señales de haber sido Basílica. Su largo es de 40 varas y su ancho, se dividía en tres naves como muestran los basamentos o cepas de sus pilares, sobre que se mantenian los arcos y bóvedas. Por fuera de su muro huvo un pórtico, de que duran todavía los cimientos, compartimiento y ruinas de sus bóvedas. Este pórtico se prolonga de Norte a medio dia cosa de sesenta varas y forma al Sur de la Basílica uno como claustro o foro, cercado por todas partes del mismo pórtico*¹³.

3. *Del Palacio nadie duda donde estuvo; porque duran hasta hoy con el nombre de soberbios pedazos destas, Cornisamentos, Capiteles y otros destrozos de edificios, que fueron sin duda soberbios y acabados con sumo costo y gusto. El Palacio en las principales ciudades del Imperio estaba prevenido para hospedar al Emperador; quando venia a visitar*

10. Zevallos 1886: 6. Zevallos, naturalmente, asume y amplía la información falsa y farragosa transmitida por Caro, proveniente de los falsos cronicones. El cotejo entre los textos de Caro y Zevallos sobre los emperadores Trajano y Adriano, por ejemplo, no deja lugar a dudas (Caro 1634: ff. 107ss.; Zevallos 1886: 71ss., 97ss.), como tampoco la información referente a santos, obispos, mártires y personajes célebres de Itálica. La obra de Zevallos, como la de Caro, están tan plagadas de pasajes de esta índole, que resulta ocioso mencionarlos.

11. En la obra de Zevallos cabría esperar alguna alusión a los trabajos de Bruna, realizados por entonces, pero no las hay; tan solo menciona de pasada algunos hallazgos arqueológicos (Zevallos 1886: 77, 80) de los que ya se habían hecho eco Flórez y Ponz. Que existió relación entre Zevallos y Bruna se deduce de una noticia transmitida por aquel a propósito de la *Canción de las Ruinas de Itálica* (Zevallos 1886: 194).

12. Zevallos 1886: 85ss. La designación “templo de Diana” es introducida por Zevallos; Caro solo habla de la capilla mayor de un templo. Cfr. *supra*.

13. Zevallos 1886: 86ss. La designación de estas ruinas como “basílica” es arbitraria. Cfr. *infra*.

la provincia. En el sitio que digo de Itálica, llamado hoy los palacios, vimos hasta el último terremoto del año 1755, una gran pieza levantada de Norte a Sud, y se llamaba la armería de Trajano. El dicho terremoto y otros que le siguieron, como por apéndice, acabaron de arruinar aquella antigua parte del Palacio, que según el nombre que retenía sería edificado por Trajano¹⁴.

4. De las antiguas termas han quedado bastantes vestigios, con el nombre de los baños y caen hacia el poniente de lo que fue ciudad, próximos a su muro. Se reducen a dos piezas paralelas, cuyas tres paredes duran todavía hasta el arranque de bobedas, y conservan sobre el estuco de que estuvieron revocados, el sarro del agua que batía contra ella¹⁵.

5. Del teatro he reconocido dos sitios, donde duran expresas señales de haberlo sido. La forma desta fabrica era un emiciclo lleno de gradas, donde se sentaban los espectadores para ver las representaciones de comedias o tragedias. Uno destes dos Teatros estuvo (a lo que me parece) al oriente de la ciudad, arrimado al barranco o recuesto que está hoy sobre el lugar de Santiponce. Cerca de unos gruesos muros, cuyos cimientos confunden hoy las casas que estan fabricadas sobre parte dellos, y en frente de donde parece que hubo alguna puerta principal de la ciudad por donde se salía al Prado y al rio, se nota una fabrica que forma un ancho semicirculo, con gradas que bajan hacia la dicha puerta. Todavía agrada ver lo bien trabajada que estuvo la obra de aquel que parece Teatro. Otro pedazo del edificio de la misma figura, se nota hacia en medio de la antigua ciudad, no muy lejos de la que parece que fue la Basílica. Pero en este segundo pedazo de edificio no dura sino el muro con su vuelta de círculo, aunque sin gradas ni otro vestigio¹⁶.

6. La muralla y algunas de sus torres se conservaban, sobre todo, por el lado N (Zevallos 1886: 90).

7. El Anfiteatro es “la ruina más soberua y sobresaliente de quantas duran en Itálica”, cuya planta fue dada a conocer por J. Lisipo y E. Flórez; tanto los terremotos como el expolio han contribuido a su ruina, aunque “a pesar de dichas injurias conserva todavía mucho de su antigua forma (Zevallos 1886: 90ss.).

Evidentemente, la obra de Zevallos, como la de su predecesor Caro, difícilmente resistiría la crítica arqueológica en sentido moderno, pero sería injusto negarle un conocimiento pormenorizado de las Ruinas, pues el tono de la descripción y, en ocasiones, la aportación de medidas o detalles específicos bastan para avalarlo. Incluso debió sacar algunos apuntes o dibujos que desgraciadamente no nos han llegado, pues al hablar de la “basílica” dice que al final dará “la planta deste antiguo edificio, tal como lo ha dejado el cruel tiempo” (Zevallos 1886: 88), lo mismo que a propósito de los “dos sitios” del Teatro (Zevallos 1886: 90).

14. Zevallos 1886: 88. Como ya se ha dicho, la “armería de Trajano”, así llamada por Caro, son las Termas Menores ubicadas en el actual Cerro de San Antonio (*supra*).

15. Zevallos 1886: 89. Termas Mayores a poniente de la *Nova Urbs* adrianea.

16. Zevallos 1886: 89ss. La localización del Teatro en el actual “Cerro de San Antonio” es una aportación importante de Zevallos. El segundo “edificio de la misma figura” nada tiene que ver con aquél; tanto la descripción de los restos conservados como la proximidad a “la que parece fue la Basílica sugieren la posibilidad de que Zevallos esté en la llamada Casa de la Exedra”, en la que tanto la exedra monumental como las crujiás que rodean el peristilo parecen responder a las descripciones de Zevallos (cfr. García y Bellido 1960: 94ss., figs. 31-32).

EL SIGLO XIX

La época de las vistas y grabados

La celebridad de Itálica adquirió una nueva dimensión cuando su imagen fue proyectada a gran escala dentro y fuera de España. Esto ocurrió gracias al grabado que permitió expandir con todo lujo de detalles vistas de las ruinas y reproducciones de los hallazgos arqueológicos.

La imagen o la vista por excelencia fue la del Anfiteatro, seguida de algunos de los más bellos y espectaculares mosaicos, repetidos una y otra vez en los libros de viajes, entre los que sobresale la obra de A. Laborde (1806a; 1806b: 59ss.; 1806c) (Figs. 1-2). Sobre la repercusión de la obra de Laborde no hace falta insistir por ser cuestión sobradamente conocida, pero no está de más recordar su valor acrecentado tras la desaparición de las piezas o materiales reproducidos. Lo mismo cabe decir en relación con el inglés D. Roberts (Fig. 3) y con otros, a través de los que se puede rastrear la evolución del criterio adoptado en los distintos países para la reproducción de monumentos y materiales arqueológicos, tema de interés en un futuro estudio de la iconografía de las Ruinas de Itálica¹⁷.



Figura 1. Anfiteatro de Itálica (Grabado de A. Laborde)

17. Un avance sobre la iconografía del Anfiteatro en Rodríguez Hidalgo 1991. Sobre los mosaicos, Blanco, 1978: 53ss., láms. 60-73, 75-76. Una selección reciente sobre vistas de Itálica se encuentra en Portús, 1989: 192ss.; 1991: 170. Agradezco esta noticia a F. Arenado.

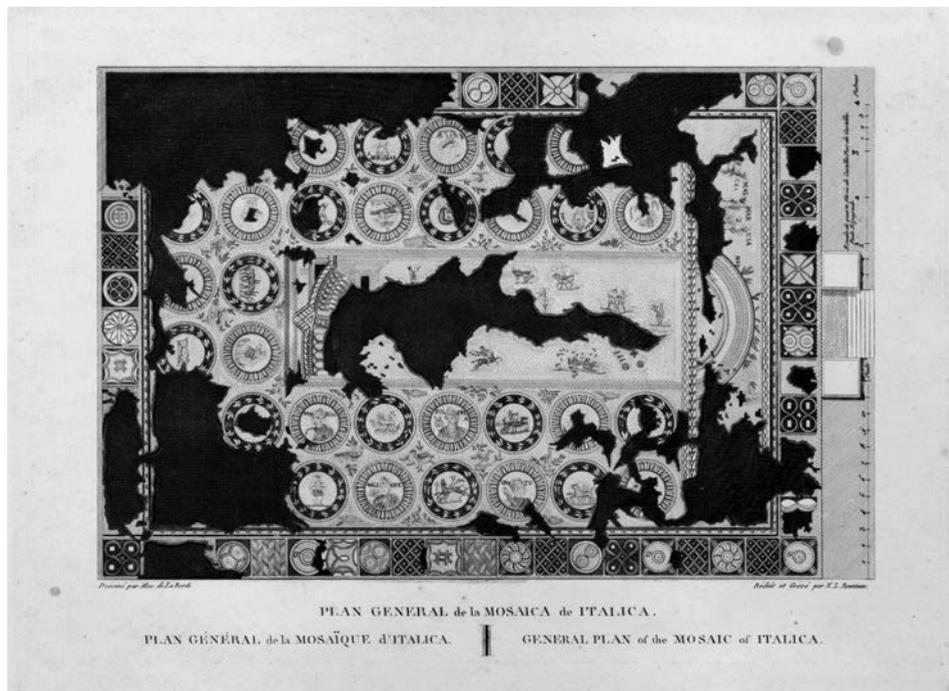


Figura 2. Mosaico del Circo de Itálica (Grabado de A. Laborde)

La historiografía española

Entre los estudiosos españoles no decae el interés por Itálica y así se ve tanto en los representantes de la corriente heredera del Neoclasicismo y la Ilustración como en los de la puramente localista. Entre los primeros destaca J. A. Ceán Bermúdez, cultivador de la crónica arqueológica culta en la línea de los viajeros ilustrados y buen conocedor de las Ruinas de Itálica, que dice haber recorrido en repetidas ocasiones (Ceán 1832: 283ss.). Las alusiones de Ceán a restos arquitectónicos de templos, termas, teatro, murallas, son someras, pues el único monumento al que dedica una descripción pormenorizada es el Anfiteatro. Sigue Ceán en todo momento a sus inmediatos antecesores, en especial a Flórez y a Ponz, y como ellos se detiene ante aquellos objetos arqueológicos más expresivos, desde un punto de vista histórico-artístico, de la magnificencia de Itálica, que eran los reunidos por Bruna en la Galería de Antigüedades Béticas del Alcázar, a la que Ceán dedica especial mención. La admiración por ellas le lleva a pronunciarse claramente contra el expolio asolador del yacimiento, particularmente ensañado contra los monumentos arquitectónicos, cuyos excelentes materiales se buscaban con avidez (Ceán 1832: 238ss.). Como tendremos ocasión de ver, la voz de alarma dada por Ceán se propagó a lo largo del siglo XIX, pero desgraciadamente no sirvió para detener la plaga más nociva en la historia de la arqueología italicense.



Figura 3. Anfiteatro de Itálica sc. D. Roberts

Resonancias de la mentalidad e ideas difundidas por los autores neoclásicos se perciben en la obra del estudioso y científico sevillano J. Matute y Gaviria, si bien en relación con sus investigaciones sobre Itálica la mayor deuda contraída por Matute fue con Zevallos, cuya obra, inédita por entonces, glosó ampliamente (Matute 1827). Aunque este hecho le acarreó alguna crítica¹⁸, no se puede olvidar que en el prólogo de su obra sobre Itálica Matute niega la intención de apropiarse de logros ajenos y afirma su intención de difundir y salvaguardar del olvido estudios que por inaccesibles en la época podían quedar ignorados, pese a lo mucho que representaban para la investigación. Como prueba de su actitud rigurosa acude al trabajo citado de Laborde sobre mosaicos italicenses, del que se declara admirador y entusiasta (Matute 1827: prólogo, s/p; 52ss.), así como también al testimonio de su amistad y admiración por Zevallos, al que cita expresamente, cuando reproduce su texto (Matute 1827: 193ss.). Desde la perspectiva con que podemos juzgar hoy resulta posible entrever en esta actitud el reflejo de la mentalidad propia del

18. Cfr. el prólogo de F. Collantes de Terán a la edición de 1886 de *La Itálica* de Zevallos: IX. Más radical se muestra Gali (1892: VIII y 98) con la utilización por Matute de las copias manuscritas del original de Zevallos.

investigador ecléctico, ilustrado y académico que fue Matute, cuya vasta formación y sólido prestigio eran generalmente reconocidos¹⁹.

Quede, por tanto, claro que su obra sobre Itálica es una sistematización ordenada y desglosada, tema por tema o monumento por monumento, de toda la información que se encontraba dispersa. Evidentemente se trata de un procedimiento repetitivo, común denominador de la historiografía italicense, pero sin embargo hay en la obra de Matute un avance importante respecto a los anticuarios del siglo XVIII en lo que se refiere a interpretación de los datos arqueológicos. Esta empieza a ser el vehículo que conduce a la definición de ambientes o contextos, como, por ejemplo, el foro identificado por primera vez y ubicado en el sitio de los Palacios a partir de la clase de hallazgos y materiales allí obtenidos (Matute 1827: 28ss., 80, 89ss.). Para Matute, así como la grandiosidad del Anfiteatro es indicio de la opulencia de la ciudad (Matute 1827: 29, 35ss.) y la importancia de las termas lo es de la capacidad del acueducto (Matute 1827: 42, 48ss.) la “elegancia” y el “grandioso carácter” de las esculturas halladas en la zona de los Palacios permiten “atribuir al emperador Adriano la decoración del foro de Itálica, su patria, si consideramos su decidida afición a las bellas artes, y las elegantes obras, que mandó construir por todo el imperio” (Matute 1827: 29). Juicios tan próximos a los de Ponz denotan la herencia neoclásica, pero la supera al intentar la incursión iconográfica, por ejemplo, cuando reconoce a Diana cazadora en el magnífico torso femenino, mayor que el natural, hallado en las excavaciones de Bruna, “figura de bellísima gracia y excelentes paños”²⁰; o bien cuando enjuicia las estatuas heroicas colosales de Trajano y probablemente Adriano, de idéntica procedencia que la anterior, a las que interpreta así:

El haber encontrado junto á este fragmento de estatua otro de igual tamaño y perfección en actitud (sic) heróica, me hace sospechar que ámbos se erigieron con un mismo motivo... Sin duda este par de piezas forman tal armonia, que indican ser hechas para decorar una gran fábrica, donde ellas fueran muy principal objeto... y puede conjeturarse que ámbas estuvieron colocadas en el foro de Itálica, con otras que quizá yacen soterradas y esperan amadores de las Bellas Artes, que las restituyan á la luz... La circunstancia de presentarlas desnudas indica que quisieron que hicieran el papel de héroes o semidioses... (Matute 1827: 90ss.).

En estos tímidos ensayos de hermenéutica se ha de ver la principal aportación de Matute a la investigación arqueológica sobre Itálica, de donde la conveniencia de sopesar el valor de su obra a partir de un elemento realmente innovador, aun cuando en otros aspectos adolezca de limitaciones ya advertidas en la erudición local²¹.

19. De la amplia formación, condición universitaria, mentalidad avanzada y estilo afrancesado de Matute da idea la serie de títulos y honores que constan en el encabezamiento del *Bosquejo* y la breve reseña biográfica de Gali (1892: 267ss.). Matute fue autor, además, de otras obras y estudios centrados preferentemente en torno a temas sevillanos.

20. Matute 1827: 26ss. La expresión es de Ponz.

21. Aunque la imprecisión en las observaciones topográficas impide profundizar en un problema capital, como el del foro italicense, de las impresiones de Matute y Pérez Bayer se colige que las excavaciones y hallazgos de Bruna en Los Palacios corresponden a un enclave relevante, probablemente el foro o sus aledaños. Si, como da a entender Matute, las estatuas heroicas colosales de Trajano y posiblemente Adriano son parte de lo que hoy llamaríamos un programa iconográfico destinado a glorificar a los emperadores italicenses en su ciudad de origen, tendríamos un nuevo argumento a favor de la repercusión que el gran proyecto constructivo de la *Nova Urbs* adrianea desencadenó en la *Vetus Urbs*. León 1992: 87ss. De ser así, el foro habría sido renovado

El último eslabón en la cadena de crónicas o historias generales de Itálica es la obra de A. Gali Lassaletta, continuadora de las de Zevallos y Matute en lo que a temática se refiere, pero distanciada de ellas en planteamiento, acorde éste con la profesión de periodista del autor (Gali 1892). Desde un punto de vista científico la obra de Gali carece de interés, pero no deja de tener utilidad y atractivo por la valentía crítica que ostenta para denunciar el expolio y la incuria en que habían quedado las Ruinas, así como la inhibición y despreocupación de instituciones y autoridades responsables (Gali 1892: XIIss.). Ello es tanto más llamativo, cuanto significa desaprovechar un rico venero de cara a la industria más fácil de explotar en Sevilla, que en su opinión es el turismo (Gali 1892: Vss.), visión avanzada y premonitoria digna de ser notada. Por lo demás, poco hay aprovechable, a no ser los datos compendiados sobre lo que Gali llama “movimiento bibliográfico de Itálica”, que inicia con A. Morales y cierra con E. Hübner, o bien los datos recogidos sobre historia de las excavaciones y de los hallazgos arqueológicos (Gali 1892: 197ss.). Cuando por el contrario interviene en la discusión científica hace gala no sólo de incongruencia sino de una considerable arbitrariedad, causa en buen parte de las dificultades que posteriormente ha encontrado la crítica, sobre todo, en materia de topografía y localización de monumentos (Chisvert 1987-88: 565ss.).

Las excavaciones arqueológicas de I. de la Cortina

Apenas un trienio, entre 1839-1842, vinieron a durar los trabajos de excavación emprendidos por I. de la Cortina, un funcionario del gobierno de Sevilla, entusiasta de Itálica, cuya buena voluntad superaba con creces su preparación y formación arqueológica. Desgraciadamente la ausencia de información unas veces, y la deficiencia de la conservada, otras, son obstáculos insalvables para sopesar la verdadera importancia de los resultados obtenidos por Cortina, aunque sin gran margen de error se podría afirmar que quiso continuar la labor iniciada por Bruna en un doble sentido; por un lado, intentó frenar el expolio y preservar los descubrimientos ya realizados; por otro, centró la investigación en torno al foro. Este segundo aspecto es de importancia capital para la historia y evolución de la arqueología italicense, como es fácil comprender, de ahí que resulte lamentable la ausencia de documentación, reducida a noticias breves y sueltas sobre unas excavaciones desarrolladas en las más caóticas y adversas circunstancias, dicho sea, en su descargo²². Por lo que a documentación gráfica se refiere no nos ha llegado más que un croquis sumario firmado por Cortina y fechado a 3 de septiembre de 1840, en el que se reproducen el plano de la superficie excavada y los hallazgos arquitectónicos y escultóricos, además de

y convenientemente decorado en época adrianea, como dan a entender otros indicios, entre los cuales, el problemático fragmento de inscripción CIL II, 1119, versión renovada del epígrafe conmemorativo de la donación hecha a Itálica por L. Mummius, procedente de las excavaciones de I. de la Cortina en la zona del foro. García y Bellido 1960: 69ss. Respecto a la procedencia exacta de las esculturas halladas es difícil pronunciarse a causa de la ambigüedad de las referencias topográficas.

22. Cortina 1840: cuadernos 1º y 2º de 6 págs. y 3 láms. cada uno (cfr. en Palau y Dulcet 1951: 151, 63473). A los fascículos publicados por Cortina en el *Semanario Pintoresco Español* alude Amador de los Ríos 1916: 23, nota 5. Cfr. también Chisvert 1987-88: 572ss. Sobre las dificultades que rodearon las excavaciones de Cortina informa Gali 1892: 206ss.

consignar que la excavación se realizó junto a la antigua carretera de Extremadura, por tanto, en las inmediaciones del cerro de los Palacios (Santiponce, Sevilla). De la potencia de muros y cimientos, de la presencia de un gran pavimento de mosaico y del carácter de los restos escultóricos consignados en dicho croquis se infiere que el lugar excavado por Cortina corresponde a un edificio o espacio público relevante, que sería plausible asociar al ambiente del foro²³. La identificación de algunas de las esculturas que aparecen sobre el plano de las excavaciones de Cortina con estatuas colosales conservadas en el Museo Arqueológico de Sevilla sugiere la pertenencia a un programa iconográfico oficial y, en consecuencia, parece avalar la hipótesis propuesta acerca del ambiente asociado al foro (León 1990: 376, lám. 54 a. b.).

Poco más se puede conjeturar sobre estas excavaciones, aunque es necesario recalcar la abundancia, variedad y calidad de los hallazgos, especialmente de los escultóricos. De todos ellos dejó Cortina una relación que por vaga e imprecisa, cuando no errónea, hoy resulta prácticamente inservible, aparte de que en ningún caso consta la procedencia de los hallazgos²⁴; a consecuencia de todo lo cual su lectura resulta descorazonadora no sólo por constatar la ausencia de datos elementales para la investigación, sino porque además permite tener evidencia de un descontrol asombroso en los trabajos de excavación y en la consignación de resultados, causa inevitable de que inmediatamente se perdiera el rastro de muchas piezas²⁵.

Los esfuerzos de Cortina por incrementar las antigüedades de Itálica fueron inefectivos, al carecer de un contrapeso científico, siquiera mínimo, que hubiera aportado una visión interpretativa y un juicio experto; piénsese que incluso para su sucesor, D. de los Ríos, que tampoco era un arqueólogo de profesión, Cortina no era más que un “atrevido aficionado” (Gali 1892: 215). Con ser ello cierto, hay que reconocerle gran tenacidad y sagacidad por haber recurrido a medios de divulgación como el folleto y la prensa para dar difusión a sus trabajos y con ellos asegurar la feracidad del subsuelo italicense (Gali 1892: 208; Chisvert 1987-88: 572ss., notas 13-16, 18-19).

La etapa de D. de los Ríos (1860-1880) y la vinculación de la familia de los Ríos a Itálica

Durante la segunda mitad del siglo XIX y primeros años del XX las actividades arqueológicas de Itálica están en manos de varios miembros de una ilustre familia sevillana, la familia de los Ríos, distinguida por su dedicación a las letras y a las artes. El que más duradera e intensamente estuvo al servicio de Itálica fue Demetrio de los Ríos, arquitecto a cuyo cargo estuvieron las excavaciones en una etapa caracterizada por el dinamismo. Aun cuando, lógicamente, hoy se podrían poner reparos a su obra por contener errores e

23. El croquis de Cortina se conserva en el Museo Arqueológico de Sevilla con los papeles inéditos de D. de los Ríos. No hay que descartar que se trate de una copia hecha por este.

24. Relación reproducida por Gali 1892: 209ss.

25. En la relación de Cortina causa estupor leer que algunas piezas se habían perdido o se habían regalado a visitantes o personajes ilustres. Las breves menciones de las conservadas son susceptibles de ser confrontadas con los libros de Registro del Museo Arqueológico de Sevilla, vía por la que probablemente se podrá llegar a nuevas identificaciones.

inexactitudes inexcusables, hay que reconocer también que llevó a cabo una tarea ingente y que imprimió un nuevo ritmo a los trabajos de campo.

Consistieron estos en un principio en la limpieza, excavación y análisis arquitectónico del anfiteatro, a los que siguieron el levantamiento del plano topográfico de la ciudad romana y la excavación de los dos complejos termales, algunas casas y varios mosaicos. Se puede decir, en consecuencia y con propiedad, que a D. de los Ríos se debe la estampa moderna del yacimiento. Carecía, en verdad, de formación arqueológica propiamente dicha y así se percibe en su obra, pero tuvo el acierto de encauzar sus actuaciones hacia el ámbito arquitectónico, al que lógicamente se sentía predispuesto y para el que se encontraba más preparado.

La monografía sobre el anfiteatro fue publicada en 1862 y puede ser considerada un hito bibliográfico aún no superado, cuyo éxito radicó en buena parte en la serie de ilustraciones y dibujos –planta, alzados, secciones– incorporados (Ríos 1862). Por su parte, el estudio sobre las Termas, especialmente referido a las llamadas Termas Menores, situadas en el cerro de los Palacios, siguió al del anfiteatro y tuvo aceptación pese a que se trataba de estudios parciales (Ríos 1862: 9, nota 2; García y Bellido 1960: 102ss.), puesto que ninguno de los dos complejos termales, ni las Termas Menores ni las Mayores, situadas estas al oeste de la *Nova Urbs* adrianea, fueron totalmente excavadas. No obstante, como en el caso del anfiteatro, el estado actual de conocimientos sobre las Termas apenas difiere del que estableciera D. de los Ríos, de donde el valor de sus aportaciones.

La difusión de estas investigaciones entre especialistas en la materia redundó en beneficio del prestigio de Itálica, como es lógico suponer, pero aún resultaría más efectiva, incluso a efectos de gran público, la divulgación de los resultados obtenidos en las excavaciones de casas, sobre todo, cuando fueron dados a conocer sus mosaicos bellísimos y magníficos, algunos desgraciadamente perdidos. En el desarrollo de estas actividades resultó decisiva la colaboración de su hermano José Amador de los Ríos, cuya erudición y buen gusto le hacen merecedor de ser recordado por los arqueólogos, aunque solo sea por los primorosos dibujos que realizó para la publicación de los mosaicos²⁶. Contribuyeron estos a propagar a gran escala la imagen de Itálica como ciudad opulenta y espléndida, pero por desgracia suscitaron al mismo tiempo la avidez de los coleccionistas y la intrepidez de los expoliadores, circunstancia que, como veremos, resultó nefasta para la conservación de los vestigios arqueológicos.

Un comentario final al plano topográfico de Itálica levantado por D. de los Ríos en 1861, que hubo de ser concluido con apresuramiento en 1862 para ser presentado y ofrecido a la reina Isabel II durante su visita a Itálica. En realidad, el plano debía ilustrar una extensa obra de conjunto sobre la ciudad que quedó inédita y que iba a ser titulada *Historia y descripción de Itálica*²⁷. La precipitación fue la causa de que el plano tuviera escasa difusión, pues los pocos ejemplares que se llegaron a publicar fueron distribuidos por la

26. Estas publicaciones se encuentran dispersas por revistas españolas del siglo pasado y en consecuencia apenas son conocidas; no obstante, merece la pena consultar a estos efectos *Museo Español de Antigüedades*, I, 1872; *La Ilustración Española y Americana*, 1875; *Monumentos Arquitectónicos de España*, VIII, 1876. Extractadas se encuentran en Galí 1892: 214ss. y 220ss., y referenciadas en García y Bellido 1960: 81ss., 129ss. Blanco 1978: 53ss.

27. El manuscrito se conserva en el Museo Arqueológico de Sevilla y carece de valor científico, arqueológico. La referencia dedicada al Plano es R. 3.339.

Comisión de Monumentos de Sevilla, entidad que lo había encargado y sufragado los gastos. En él se observan, más que errores, fantasía y propensión a introducir en la suave topografía de Itálica tópicos estereotipados como “las siete colinas” y “la acrópolis”, pies forzados que promoverán el escepticismo de cuantos conozcan el lugar²⁸; en consecuencia, resulta poco fiable, pero aun así hay que decir, que ha sido punto de partida y referencia obligada hasta tiempos recientes, cuando se quería una visión de conjunto de Itálica.

Sopesada en conjunto, la etapa de D. de los Ríos en Itálica arroja un balance digno, que ya en su tiempo mereció reconocimiento generalizado y del que es buena muestra el comentario elogioso de un arqueólogo concienzudo como E. Hübner (1862: 317ss.). El contacto entre ambos es prueba fehaciente del esfuerzo realizado por D. de los Ríos para acercarse y acercar la arqueología italicense a la investigación cualificada, de donde el interés de la relación con Hüber por el respaldo sólido y eficaz que en este tuvo la arqueología española decimonónica. Así, Hübner se hizo eco de los trabajos de D. de los Ríos tanto cuando se refiere a antigüedades clásicas procedentes de Itálica (Hübner 1862: 315ss.), como cuando elabora la interesante sinopsis historiográfica que precede a su estudio sobre epigrafía italicense (CIL II, 145ss.).

En las primeras décadas del siglo XX un tercer miembro de la familia De los Ríos, hijo de José Amador y sobrino de Demetrio, Rodrigo Amador de los Ríos, estuvo al frente de las excavaciones de Itálica, que centró preferentemente en el Anfiteatro, cuya problemática conocía bien por tradición familiar (Amador de los Ríos 1911; 1916a: 381; 1916b). También este se vio obligado a denunciar la grave situación generada en Itálica por los expoliadores, ávidos de buenos materiales constructivos y de materiales arqueológicos tan espectaculares como los descubiertos por I. de la Cortina y D. de los Ríos. La incitación al expolio, en cierto modo alentada por los coleccionistas, sumieron a Itálica en una vorágine destructora, prolongada e incontrolada, contra la que se pronunció, desgraciadamente sin éxito, R. A. de los Ríos en un trabajo arqueológico sobre la colección arqueológica de la Condesa de Lebrija (Amador de los Ríos 1912), del que habrá nueva ocasión de hablar.

Todavía en 1922 V. Lampérez, yerno de D. de los Ríos, da noticias sobre alguna casa de Itálica y reproduce su planta a partir de información recogida por este último²⁹.

El infortunio de Itálica

La necesidad de emitir un juicio ponderado lleva a reconocer que, en general, el siglo XIX no favoreció a Itálica, pese a que las excavaciones fueran pródigas en hallazgos, consecuencia exclusiva de la antigua opulencia de la ciudad, cuyo subsuelo resulta especialmente fértil para la Arqueología. Pero ni hubo investigación sistemática, organizada al

28. Cfr. además, Ríos, 1862: 66. Estos errores perduraron entre los eruditos locales (Gali 1892: 110. Montoto 1923: 8); contra ellos Corzo 1982: 308.

29. Lampérez 1922: 108ss. A título anecdótico, más que otra cosa, cabe mencionar la *Historia de Itálica* publicada en 1918 por F. Reyes, guarda del yacimiento en tiempos de D. de los Ríos (Reyes 1918). Se trata de un breve folleto en el que, aparte de demostrar una ignorancia crasa, plagia textualmente a D. de los Ríos, bien a partir de los escritos de éste, bien del extracto publicado por Gali. Cfr. Reyes 1918: 10ss. y Gali 1892: 214ss.; Reyes 1918: 12ss. y Gali 1892: 216ss.; Reyes 1918: 26 y Gali 1892: 205ss.

menos, ni existió interés por proteger los monumentos ni por fomentar la investigación. Esta es sin duda una razón poderosa para hablar del infortunio, pero no lo es menos otra que la antecede y contra la que se alzaron en vano algunas voces; se trata del abandono en que las instituciones dejaron al yacimiento, causa inexorable del obscurecimiento de la imagen de Itálica. Buen exponente de la situación y de la crítica consiguiente se encuentra en la obra ya citada de Gali Lassaletta (1892: VIIss.), así como en un opúsculo de J. Vargas-Machuca, ante el que merece la pena detenerse, más que por los breves comentarios de carácter arqueológico, por los dirigidos a conseguir una conciencia seria y realista ante la evidencia (Vargas-Machuca 1873).

Esta no es otra que la necesidad de la colaboración gubernamental en facetas tan acuciantes como la subvención económica, la expropiación de terrenos, la protección a la investigación científica (Vargas-Machuca 1873: 13ss.). El modelo ideal para Vargas-Machuca es Carlos III por su apoyo incondicional a la Ilustración, cuyos frutos en Itálica se personifican en Ponz, el Conde de Águila, Bruna, Zevallos (Vargas-Machuca 1873: 6ss.), de ahí que la confrontación con la situación del momento le haga exclamar:

Dolor causa el considerar que esto se hacía en época que con relación a la actual podemos llamar atrasada, y aún más pena produce el ver que á medida que los conocimientos han adelantado en el movimiento científica de Europa, en España se ha suspendido la protección oficial tan necesaria para el desenvolvimiento interior, científico, literario y artístico... (Vargas-Machuca 1873: 8).

Para mayores males, el expolio y la incuria se enseñoreaban del yacimiento, circunstancias que supieron aprovechar los coleccionistas para generar una situación dudosa, puesto que a la vista de lo que ocurría no se la puede censurar sin más. Evidentemente la intervención de los coleccionistas consiguió salvar materiales arqueológicos sumamente valiosos, causa por la que merecen una mención objetiva.

Un ejemplo representativo de coleccionista y arqueóloga *amateur*, organizadora de excavaciones por su cuenta según su propio testimonio, fue Dña. Regla Manjón Mergelina, Condesa de Lebrija, a la que bien se puede considerar benefactora de Itálica. Con singular pragmatismo Dña. Regla decidió pavimentar de mosaicos la planta baja de su casa-palacio sevillana y al mismo tiempo controlar a los expoliadores, que sentían por ella veneración. Los resultados fueron deslumbrantes, pues por ese procedimiento empezaron a llegar a sus manos piezas arqueológicas de primera calidad, que adquiriría sin reparar en gastos. Con excelente gusto y dedicación plena consiguió albergar en su casa un auténtico museo italicense en el que además de magníficos pavimentos de mosaico y de *opus sectile* reunió un curioso lote de esculturas, numerosas piezas de cerámica y vidrio, objetos de hueso, bronce –incluso un fragmento de ley municipal–, gemas, inscripciones... Más allá del afán meramente coleccionista, la Condesa de Lebrija hizo de su Casa y de la Colección un centro de visita obligada, abierto a cuantos investigadores deseaban conocer unos materiales tan buenos y reveladores de la grandeza de Itálica como los conservados en el Museo Arqueológico de Sevilla. R. A. de los Ríos se encargó de dar a conocer el Museo de la Casa de la Condesa de Lebrija (cfr. *supra*), también descrito por ella con espontaneidad y buen juicio (Manjón 1970. Cfr. además, Armero 1947; León 1977; Blanco 1978: 25ss.), trabajos que vienen a demostrar la vertiente positiva

del coleccionismo privado, que se comprende aún mejor, si se piensa en el triste destino que corrieron tantas piezas singulares, de las que apenas quedan hoy vaga noticia de su existencia (Blanco 1978: 51ss.).

El panorama aquí pergeñado a retazos significó una grave rémora para la conservación del yacimiento y para la investigación. Concretamente esta última quedó estancada y retrasada respecto a la evolución y al progreso que impulsaban y hacían avanzar en otros países la Arqueología. No hay que entender por ello un colapso fatal de la actividad arqueológica en Itálica pero sí un desvalimiento tan pesante, que cada vez marcaba más distancia respecto a la vanguardia científica.

LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

Los intentos de paliar la difícil situación creada en Itálica eran promovidos desde la Comisión de Monumentos, cuyos representantes en Sevilla se aprestaban a buscar soluciones y resultados más satisfactorios. A comienzos de este siglo es designado M. Fernández López para realizar excavaciones en el lugar de Santiponce (Sevilla) conocido como La Vegueta, donde antes de ser localizada una importante necrópolis se descubrió un tramo de la vía que unía *Hispalis* con *Emerita* (Fernández López 1904: VIIss.). El hallazgo fue celebrado por distinto a los que habitualmente se producían, pero pronto fue superado en interés por otros acaecidos de manera fortuita y que consistían en ataúdes de plomo, inscripciones funerarias y, en general, objetos que aludían sin ambages a la existencia de una necrópolis (Fernández López 1904: VIIIss., XVss.). La novedad era digna de ser celebrada, pues a las numerosas tumbas excavadas se añadió un edificio, al parecer, de tres naves, rematado por un ábside, que Fernández López interpretó como basílica cristiana (Fernández López 1904: LXIIIss.), sin que aspectos esenciales del monumento hubieran sido vistos con suficiente claridad como para aceptar la hipótesis.

Dudas caben también en otro orden de cosas sobre la relación establecida por Fernández López entre el pedestal dedicado a Mercurio, hallado en 1903 en las Eras del Convento, y una pieza escultórica fragmentada, en la que se conservaba una pieza de mármol blanco apoyada en un tronco de árbol y junto a una lira, que evidentemente había pertenecido a una estatua de aquel dios y que había aparecido en la zona del Teatro (Fernández López 1904: LXXVIss.). El argumento esgrimido por Fernández López para probar la relación –orificios para sujeción de una estatua sobre el pedestal– es a todas luces insuficiente, como ya demostró García Bellido (1949: 82), pero entonces se dio por válido, y así, cuando Gómez Moreno demostró la pertenencia de la pierna al cuerpo mutilado descubierto en las excavaciones de Bruna en los Palacios y verificó que se trataba de una estatua mayor que el natural de Hermes Dionysophoros, los responsables del Museo Arqueológico de Sevilla acoplaron la estatua al citado pedestal, sin que quedara constancia de un análisis previo ni resulte asequible realizarlo hoy.

La memoria de excavación de Fernández López incluye una breve relación de series de hallazgos, que, pese a no ser muy rigurosa ni pormenorizada, agrupa, al menos, las piezas por clases y las describe, cuando se prestan a ello (Fernández López 1904: CXXss.).

La incorporación de R. A. de los Ríos a la dirección de las excavaciones en 1911 representó un fructífero avance en la investigación, como más arriba queda dicho. Pero

aún más decisiva resulta la etapa inaugurada a comienzos de los años 20 bajo los auspicios de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, entre cuyos aciertos se cuenta la creación de una serie de memorias arqueológicas gracias a la que cobró agilidad y periodicidad la publicación de resultados de las excavaciones.

Director de las de Itálica fue nombrado A. Parladé, Conde de Aguiar, que prosiguió la limpieza y excavación por sectores del Anfiteatro (Parladé 1921; 1925; 1926), para dedicar posteriormente algunas campañas a la excavación de casas, actividad en la que se advierte un progreso respecto a etapas anteriores, en el sentido de que no se buscan exclusivamente mosaicos, aun cuando obtenerlos fuera siempre un gran incentivo, sino que se supedita o, al menos, se conecta la excavación con el descubrimiento de la red viaria (Parladé 1934).

En 1933 accede a la dirección de las excavaciones por un largo período de tiempo J. M. Carriazo asistido por F. Collantes de Terán. Aun cuando la historiografía de estos años, a fuer de exigua, no llegue a reflejarlo, en esta etapa se consigue para la arqueología italicense más de lo que a primera vista pueda parecer, pues es entonces cuando el progreso científico toma carta de naturaleza en Itálica. La sólida formación y la indiscutible preparación de Carriazo como historiador trajeron nuevas perspectivas, de las que queda constancia en unas páginas breves pero expresivas, espigadas entre sus primeros trabajos en este campo. El programa de actuación de Carriazo tenía como objetivo conseguir un mejor conocimiento de la organización y de la vida de la ciudad, para lo cual pensó llevar a cabo una indagación urbanística a gran escala, centrada en la excavación de calles, cloacas, muralla y casas (Carriazo 1935).

Penurias y dificultades de toda índole limitaron la brillantez de los resultados, pero aun así se debe reconocer que los trabajos de estos años, sobre todo, en calles y casas, sentaron las bases y posibilitaron el desarrollo de una investigación posterior, más evolucionada, sobre el urbanismo de Itálica. Es más, la contribución a forjar la estampa actual del yacimiento, en la que tan decisivo papel jugó el arbolado de cipreses, fue idea y obra de Carriazo y merece ser recordada por cuanto implica un decidido empeño por asemejar Itálica a yacimientos arqueológicos de postín, incluso en el plano visual o paisajístico. En el desarrollo de las excavaciones participó activamente Collantes de Terán, gran conocedor, además, de la historia, la epigrafía y la historiografía de Itálica (Collantes 1945).

Dos razones primordiales disuaden por el momento de enjuiciar las aportaciones historiográficas de la segunda mitad del siglo XX. Una es la falta de perspectiva histórica, otra el giro radical que cobra la investigación arqueológica en Itálica tras la publicación en 1960 de la obra de García Bellido, *Colonia Aelia Augusta Itálica*. El mérito principal de este libro, aparte de su calidad científica, es haber abierto nuevas líneas de trabajo orientadas hacia una arqueología cualificada y especializada, sobre cuyos frutos es prematuro opinar.

Sin ser exhaustivo, este examen historiográfico enseña que el prestigio de la estampa de Itálica se cimenta tanto en la realidad arqueológica como en la originalidad del pensamiento de quienes lo han forjado. Y enseña también que la Arqueología Clásica se resiente, cuando los datos, objetos y hallazgos, por valiosos que sean, empiezan a sepultar su verdadera piedra filosofal, que es la hermenéutica. Los ejemplos aquí aducidos desde distintas épocas lo demuestran con contundencia y objetividad.

BIBLIOGRAFÍA

- AMADOR DE LOS RÍOS, A. (1911): "Itálica: el misterio de su destrucción", *La España Moderna*, septiembre.
- AMADOR DE LOS RÍOS, A. (1912): "Notas acerca del Museo italicense de la Excm. Sra. Dña. Regla Manjón", *RABM* 7-8: 266ss.
- AMADOR DE LOS RÍOS, R. (1916a): "El Anfiteatro de Itálica", *RABM*, Madrid.
- AMADOR DE LOS RÍOS, R. (1916b): "Excavaciones en el Anfiteatro de Itálica", *MJSEA*, Madrid.
- ARMERO MANJÓN, P., Conde de Bustillo (1947): *Discurso leído ante la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría*, Sevilla.
- ARRIBAS, F. (1950): "Datos y documentos sobre arte procedentes del Archivo General de Simancas: Hallazgos arqueológicos en el siglo XVIII", *BSEAA*, XVI.
- BLANCO, A. (1978): *Mosaicos romanos de Itálica (I)*, Madrid.
- BRUNA, F. de (1875): "Informe sobre antigüedades sevillanas", *RABM* 14: 24ss.
- CARO, R. (1604 [1883]): *Memorial de la Villa de Utrera I*, Sevilla.
- CARO, R. (1626 [1884]): *Días geniales o ludicros, a nombre de R. Caro*, Sevilla (*Obras de R. Caro*, II, edic. de la Sociedad de Bibliófilos sevillanos).
- CARO, R. (1634 [1982]): *Antigüedades y Principado de la Ilustrissima Ciudad de Sevilla y Chorographia de su Convento jurídico o antigua Chancillería*, Sevilla.
- CARRIAZO, J. M. (1935): *Les fouilles d 'Italica. Aperçu historique*, 4ss.
- CEÁN BERMÚDEZ, J. A. (1832): *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*, Madrid.
- CHISVERT, N. (1987-88): "Reflexiones sobre el empleo de topónimos y la descripción de edificios italicenses en obras antiguas", *Habis* 18-19: 565ss.
- COLLANTES DE TERÁN, F. (1942): *Discurso de ingreso en la Academia de Buenas Letras de Sevilla*, manuscrito conservado en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Sevilla.
- COLLANTES DE TERÁN, F. (1945): "Informe sobre Itálica. Discurso de Ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras", *Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras* 71, Sevilla.
- CORTINA, I. de la (1840): *Antigüedades de Italica*, Sevilla.
- CORZO, R. (1982): "Organización del territorio y evolución urbana en Itálica", *Itálica (Santiponce, Sevilla)*, EAE 121, Madrid: 308ss.
- CORZO, R. (1989): *Historia del Arte en Andalucía. La Antigüedad*, Sevilla.
- FERNÁNDEZ-CHICARRO, C. y FERNÁNDEZ, F. (1980): *Catálogo del Museo Arqueológico de Sevilla*, Madrid.
- FERNÁNDEZ LÓPEZ, M. (1904): *Excavaciones en Itálica*, Sevilla.
- FERNÁNDEZ MURGA, F. (1989): *Carlos III y el descubrimiento de Herculano, Pompeya y Estabia*, Salamanca.
- FLÓREZ, E. (1776): *España Sagrada*, XI I, Madrid.
- GALI LASSALETTA, A. (1892): *Historia de Itálica*, Sevilla.
- GARCÍA BELLIDO, A. (1949): *Esculturas romanas de España y Portugal*, Madrid.
- GARCÍA BELLIDO, A. (1951): "Rodrigo Caro. Semblanza de un arqueólogo renacentista", *AEspA* 24: 5ss.

- GARCÍA BELLIDO, A. (1960): *Colonia Aelia Augusta Italica*, Madrid.
- HIMMELMANN, N. (1971): *Winckelmanns Hermeneutik*, Mainz.
- HÜBNER, E. (1862): *Die antiken Bildwerke in Madrid*, Berlín.
- LABORDE, A. (1806a): *Voyage Pittoresque de l'Espagne*, Paris.
- LABORDE, A. (1806b): *Itinéraire descriptif de l'Espagne*, Paris.
- LABORDE, A. (1806c): *Description d'un pavé en mosaïque découvert dans l'ancienne ville d'Italica*, Paris.
- LAFUENTE FERRARI, E. (1936 [1978]): *Giovanni Battista Piranesi en la Biblioteca Nacional*, Madrid.
- LAMPÉREZ, V. (1922): *Arquitectura civil española*, I, Madrid.
- LEÓN, P. (1977): "Palacio de Lebrija", *Museos de Sevilla*, Madrid: 286ss.
- LEÓN, P. (1988): *Traianeum de Itálica*, Sevilla.
- LEÓN, P. (1990): "Ornamentación escultórica y monumentalización en las ciudades de la Bética", *Stadtbild und Ideologie*, München.
- LEÓN, P. (1992): "Zur Neustadt von Itálica", *Die römische Stadt im. 2 Jh. n. Chr.*, Köln: 87-97.
- LIPSII, J. (1621): *De Ampitheatro Liber*, Antuerpiae.
- MANJÓN MERGELINA, R., Condesa de Lebrija (1970): *Palacio de Lebrija*, Sevilla.
- MATUTE, J. (1827): *Bosquejo de Itálica*, Sevilla.
- MONTFAUCON, B. (1722): *L'antiquité expliquée et représentée en figures*, III, Paris.
- MONTOTO, L. (1923): *Itálica*, Sevilla.
- MORALES, A. de (1575): *Las antigüedades de las ciudades de España*, Alcalá de Henares.
- MORGADO, A. (1578): *Historia de Sevilla*, t. I, Sevilla.
- MORTIER, R. (1974): *La poétique des ruines en France*, Genève.
- NAVAGERO, A. (1983): *Viaje por España (1524-1526)*, Madrid.
- PADRÓN, R. (ed.) (1973): *Itálica. Antología lírica para unas ruinas*, Sevilla.
- PALAU Y DULCET, A. (1951): *Manual del librero español e hispanoamericano*, IV, Barcelona.
- PARLADÉ, A. (1921): "Excavaciones en el Anfiteatro de Itálica", *MJSEA* 37: 5ss.
- PARLADÉ, A. (1925): "Excavaciones en el Anfiteatro de Itálica", *MJSEA* 79: 5ss.
- PARLADÉ, A. (1926): "Excavaciones en Itálica", *MJSEA* 81: 3ss.
- PARLADÉ, A. (1934): "Excavaciones en Itálica", *MJSEA* Junta Superior del Tesoro Artístico 127: 3ss.
- PERAZA, L. de (1535): *Historia de Sevilla*, Sevilla.
- PÉREZ BAYER, F. (1782): *Viaje literario que hizo a Andalucía y Portugal*, ms.
- PONZ, A. (1784 [1972]): *Viage de España*, VIII, Madrid.
- PORTÚS, J. (dir.) (1989 y 1991): *Iconografía de Sevilla II (1650-1790) y III (1790-1868)*, Madrid.
- REYES, F. (1918): *Historia de Itálica. Desde su fundación hasta su destrucción*, Sevilla.
- RIEGL, A. (1987): *El culto moderno a los monumentos*, Madrid.
- RÍOS, D. de los (1862): *Memoria descriptiva del Anfiteatro de Itálica, acompañada del plano y restauración del mismo edificio*, Madrid.

- RODRÍGUEZ HIDALGO, J. M. (1991): “Sinopsis historiográfica del anfiteatro de Itálica”, *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid: 91ss.
- ROMERO MURUBE, J. (1965): *Francisco de Bruna y Ahumada*, Sevilla.
- VARGAS-MACHUCA, J. (1873): *Las ruinas de Itálica*, Sevilla.
- WILSON, E. M. (1936): “Sobre la *Canción a las ruinas de Itálica* de Rodrigo Caro”, *Revista de Filología Española* XXIII: 379ss.
- ZEVALLLOS, F. (1886 [1983]): *La Itálica*, Sevilla.